

2010 - 2012



Eduardo Krüger

2010 - 2012

*2013: Eduardo Krüger*  
*Derechos exclusivos de edición*  
*Impreso en la Argentina*

*Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida,  
almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio,  
sin permiso previo del editor.*

*Foto de tapa: María Laura Fabrissin.*

## PRESENTACIÓN

**El Concurso Literario Nacional de Cuento y Poesía Adolfo Bioy Casares** fue creado en el año 2007, bajo la Gestión Municipal del Ing. Alberto Gelené, a partir de un proyecto presentado por el Sr. Eduardo Vilela al Honorable Concejo Deliberante de la ciudad con el propósito de agasajar la figura del escritor consagrado, fomentar la creación literaria a nivel nacional, identificar nuevos talentos literarios y divulgar sus obras.

En sus primeros seis años participaron escritores que enviaron sus producciones desde un importante número de ciudades del país; y desde otras ciudades del mundo, como España, Uruguay, Chile e Israel.

Para el juzgamiento de las obras, el Concurso ha contado con destacadas figuras de la literatura en el ámbito local y nacional. Algunos de ellos fueron Noemí Ulla, María Luisa Fernández, Agustina Cieza, Jorge Torres Zabaleta, Ana María Cabrera, Diego Kovadloff y Fernando Sánchez Orondo.

A partir del año 2011, el Certamen modificó su formato proponiendo a los participantes concursar a través de la presentación de Libros de Cuentos y/o Libros de Poesías, premiados con la Edición de la obra ganadora en cada categoría. También se decidió la conformación de un Jurado por cada una de ellas inaugurados por Raúl Artola, Leonardo Martínez y Teresa Andruetto en Poesía; y Marcela Solá, Félix Bruzzone y Leopoldo Brizuela en Narrativa.

Como vecino de la localidad, Bioy reivindicó en varias oportunidades al Carmen de las Flores como su lugar en el mundo; el sitio que albergó algunos de los momentos más felices de su vida tanto en la estancia Rincón Viejo -propiedad

de su familia en Pardo- como en la ciudad misma.

Reconocido y premiado con diversas distinciones, Jurado de prestigiosos concursos literarios nacionales e internacionales, consagrado por la crítica literaria mundial, merecía que la tierra que él hizo suya lo homenajeara poniendo su nombre a este Concurso Literario que pretende enaltecer las letras; ésas que Bioy amaba tanto.

## PROLOGO

Sería un pecado que en este prólogo no dedicara unas líneas a Adolfo Bioy Casares. Y no solo por el hecho de que una ignota alineación de los astros haya puesto su nombre sobre el mío en la tapa de un libro que yo escribí.

Hace mucho que leí por primera vez *La invención de Morel*, *Plan de evasión* y *Diario de la guerra del cerdo*. Había en esas novelas un clima extraño e intranquilizante latiendo bajo un mundo fantástico. Tan perfectamente logrado que asumí que yo nunca intentaría esa superposición de enigmas. Me dije –me lo digo aun- que Bioy Casares, como muchos otros grandes, me enseñó a centrarme en mis límites como escritor.

Gracias, don A. B. C., por lo anterior, y por que me da pié para referirme a éste, mi libro.

**2010-2012** es una mezcla de varios cuentos que amo con otros que aprecio menos. Todos salieron de mí, en todos hay algo mío.

Si los ordenara cronológicamente, los más jóvenes son los que amo casi incondicionalmente. Puse en ellos mucho más que algo mío.

Descreo de lo épico pero en el fondo escribo sobre eso. Mis héroes lo son por que luchan y sobreviven cotidianamente y como pueden a los que les toca enfrentar, aun intuyendo que lo único seguro en sus vidas es la muerte.

Me considero agnóstico. En mi propia visión, esa rebeldía de mis personajes contra la muerte es el más claro y creíble indicio de lo que suele llamarse Dios. De algo así escribo.

Gracias por la atención prestada. Chau.





DEDICADO EN PRIMER LUGAR  
AL TOZUDO SOPORTE DE MI ESPOSA, A. B.

*Recelo de las dedicatorias por las mismas razones que cualquiera:  
el temor a la omisión de alguien en la lista.*

*Veo las ficciones que escribo como una artificiosa condensación  
de lo que pienso, siento, experimento y anhele.  
El único artificio que me arrogo es hacer legible la condensación.*

*Pero no existirían razones, sentires, momentos ni deseos si no  
tuviéramos padres, hijos, hermanos, amigos y vida alrededor.  
Y no tendría objeto el artificio sin alguien que lo leyera.*

*Dedico este libro a todos los que, sabiéndolo o no,  
intervinieron en él o están haciéndolo en este momento.*



## HOY

—Su madre tuvo un sustito anoche— le avisó Amelia por teléfono. Amelia se había contagiado de las fintas verbales de su madre, una tradición de familia: decir poco, dejar tácito todo lo que va desde lo real a lo posible.

“Un sustito”, repitió Díaz para sus adentros mientras buscaba en los estantes algún libro para dormirse pronto en el ómnibus. “A la edad de mamá no hay sustos chicos”.

Se afeitó dudando entre avisar a su hermano Alfredo o a su hijo. O a los dos. Terminó de armar el bolso metiendo en un lateral el 1984 de Orwell, sabiendo que no recordaría lo que había leído antes.

En el ómnibus solo unos pocos prestaban atención al videofilm de a bordo. El resto del pasaje dormía o intentaba hacerlo.

Su compañero de butaca era un muchacho lampiño, retraído. Tecleaba frenéticamente en su celular y esperaba el mensaje de respuesta. Luego volvía a teclear y a esperar la próxima respuesta.

Díaz desistió de Orwell y se estiró en la butaca, buscando adormecerse con esa sucesión de paisajes que había repetido al menos quince veces en los últimos diez años.

“1998” se dijo antes de dormirse.

Díaz se bajó del taxi frente al consorcio de su madre. Antes de cruzar la calle llamó a su hijo Jorge desde un teléfono público, avisándole que había viajado de improviso porque la abuela había pasado por un susto.

—Bien— respondió Jorge—de todas maneras no hubiera podido acompañarte; hoy se gradúa Julieta; imposible faltar, salvo que lo de la abuela fuera muy grave.

Jorge colgó dando por entendido que su padre lo llamaría después de ver qué pasaba.

Días cruzó y llamó al portero eléctrico. Estuvo con la vista fija en el número del consorcio: 1998 en letras negras ribeteadas sobre el cristal del hall sombrío.

Su propia memoria había ido reduciendo la hilación de su vida a

cifras de años.

“En 1998 mamá se vino a Córdoba sola, tras dos años de convivir áspera y calladamente con Ana en nuestro departamento de Rosario. Una agria convivencia entre suegra y nuera”.

Los enconos entre ellas nunca fueron dichos. Ana murió en el 2000, mamá posó un retrato de ella sobre el bargueño y jamás la volvió a nombrar.

Amelia apareció en el hall y lo recibió con un beso. Subieron sin hablar al primer piso. “En realidad—pensó Díaz— ¿qué sentido tendría preguntarle a Amelia cómo está mamá, si estoy a punto de verla?”

Entraron al living sombrío. Había un olor quieto y antiguo a boiserie repasada con lustramuebles, a mujeres solas y juntas durante ocho años.

La mamá dormitaba. Lo sacudió verla tan distintamente pequeña, mínima y acurrucada de espaldas al velador.

1918. Mamá nació en 1918, y el viejo en 1915.

Díaz levantó la vista al Cristo crucificado colgando inocuo sobre la cabecera de la cama, con el rostro inclinado hacia el lado del velador.

Cuando volvió a mirarla ella lo observaba.

—¿Cómo estás mami?

Ella asintió apenas con la cabeza, haciéndole con la mano una seña que le decía al mismo tiempo que no se preocupara y que ella no podía hablarle. Díaz oyó como las pantuflas de Amelia se alejaban de la puerta del dormitorio hacia la cocina.

La mamá volvió a dormir. Díaz se descalzó y fue al baño. Orinó débilmente.

“En 1996 el viejo murió de cáncer de próstata. Cuatro años antes que Ana”.

Volvió a espiar desde la puerta del dormitorio. Se preguntó si desde ahí él hubiera podido saber si la vieja aún estaba viva, si al menos el aliento de ella podría atravesar el aire de la habitación y

dejarle una certeza. Y no ese silencio conocido y tácito de lo cierto o lo posible.

Volvió al living y encendió la luz. En la pared de enfrente colgaba un original de Fader. Un jinete acariciaba la cabeza de su caballo que agonizaba sobre los pastos, y Díaz volvió a impresionarse con sus ojos desorbitados y la boca emblanquecida de baba. Díaz acarició con un dedo la fecha junto a la firma de Fader: 1933.

La fragancia a papas recién hervidas le llegó desde la cocina. Amelia preparaba algo de cenar.

Él no hubiera tenido el empeño de su madre para acopiar y arrastrar casa tras casa toda esa tozuda colección de sillones, alfombras y objetos de costosa antigüedad que ahora atiborraban el living. Ni para esa ceremoniosa colección de retratos de abuelos, padres, hijos y nietos que cubría el bargueño, ordenada prolijamente por fechas, desde 1853 hasta 1971, el nacimiento de Julieta.

Apagó la luz y volvió a espiar a su madre desde la puerta del dormitorio. Seguía allí con los ojos cerrados, pero ahora un fino hilo de saliva se escurría de la comisura de sus labios entreabiertos.

En la cocina Amelia acomodaba dos cubiertos sobre la mesa. Sobre la mesada había una bandeja con una taza de té, un vaso de agua y un platito con medicamentos.

Salió a la terracita del fondo. Ya estaba oscuro, y el canario dormía con la cabeza oculta en el plumaje.

Díaz levantó la portezuela de la jaula y repuso el alpiste del comedero. El canario lo vigiló de costado hasta que él retiró la mano. Después picoteó algunos granos y avanzó cautamente hacia la portezuela que Díaz, cerrando sus ojos y con los labios apretados, se había acordado de dejar abierta. “2008”, pensó.

## EL VERBO SER

Alienta. La superficie fría, limpia, pálida, silenciosa, finita.

Nada interfiere. Alienta. Observa queriendo no hablarse.

Nada transcurre, solo es. La luz no irrumpe. Crece fría, pálida, silenciosa.

La luz apenas, y el silencio y la inmovilidad. Nada, nadie sobre la superficie.

Como una mesa limpia, pálida, tersa opacidad vista al sesgo contra el crepúsculo de la mañana.

La claridad no irrumpe, ni crece, ni entra por la ventana. Una luz que solo es. Tenue y pálida; fresca, silenciosa y húmeda. Alienta. Vive, solo es, solo está como estuvo siempre.

¿Soy? Permanecer en nada. Alienta. Ve. Al sesgo la tersura opaca de la claridad sobre la superficie pálida, silenciosa, finita. No dejes que piense. Cómo hacer para no hacer, no interferir. Como un silencio sacro de cuerpo y de alma.

Alienta, solo respira. Hay un centro de todo acá, por debajo del pecho.

Irradia, capta. Al costado late, por detrás alienta, respira. No hay uno ni resto de las cosas. Durará segundos. Nada interesa, nada distrae; Cuánto durará?

Ya pasó. En la mitad de la pulcra, húmeda mesa apenas brillante, se acaba de posar la langosta me mira con su lateral ojo fijo negro inmóvil las patas de serrucho tensas sobre la superficie brillante opaca interrumpió el brillo inmaculado amenaza con su antena móvil flamea pausada lateral ojo negro fijo en mí amenaza saltar patas de serrucho resorte cargado romperá todo en un tris acabando con el instante sin tiempo ni ruido ni palabras. Está por saltar. ¿Está por saltar? La amenaza basta. Se rompió el cristal frágil tenue. Aliento, respiro, vivo. De repente, pienso. Me volteo hacia la mesa de luz agradecido al crepúsculo de la mañana por esa fracción de segundo en que solo fui, solo alenté, todo vida, nada más que vida. Prendo el cigarrillo. Ya es de día.

## DOS, TRES, UNO

No eran buenos tiempos. Desaproveché un feriado largo y subí a un ómnibus interprovincial sabiendo de antemano que recorrer quinientos kilómetros y pasar tres días frente a un arroyo entre las montañas no despejarían mi cabeza.

Me tocó compartir el asiento con un tipo de rostro blando, abstracto. Nos saludamos con un par de palabras al encajar los bolsos en el porta-valijas y eso fue todo.

A las dos horas de viaje el motor empezó a desgranarse y quedamos varados en mitad del campo mientras el chofer y su relevo trajinaban afuera con las manos engrasadas.

El tipo de cara blanda hizo algún comentario a propósito y empezamos una conversación sobre nada en particular. Recuerdo haber sentido una incierta empatía con él, más que nada porque ambos teníamos un destino fijo en el viaje pero no un propósito definible. Tan solo íbamos. O el ómnibus nos llevaba.

Finalmente los campos y las alambradas se pusieron en movimiento, y reanudamos la marcha. El resto del pasaje dormía o miraba una película inaudible en los televisores de a bordo. Aun sin sonido, se intuía que el protagonista de la película luchaba por redimirse de su pasado, pero cada vez que estaba a punto de lograrlo algo lo volvía atrás.

Cara blanda opinó que el héroe de la película debería darse cuenta, entre tantas idas y vueltas, que los fallos del pasado no tienen retorno.

Pero la película era yanqui, y cabía esperar un desenlace épico. Seguramente eso mantenía despiertos a los espectadores, pero a mí me cansó tanta repetición. Por la ventanilla los campos llanos y las arboledas se sucedían unos tras otros, en una reiteración monótona y adormecedora. Antes de quedarme dormido, el tipo de cara y voz abstractas me relató una historia que se coló en mí como si fuera un sueño vívido que me contaba a mí mismo.

Cuando desperté en mi destino el tipo ya no estaba. Me colgué el bolsón al hombro, bajé y me quedé estático sobre el andén hasta que un lugareño me ofreció llevarme en remise.

Desde entonces no he podido deshacerme de la historia. Regresa en forma intermitente, pero ahora contada por mi propia voz.

He imaginado que me despegaré de ella pasándola a otros. Por eso decidí contarla acá.

Nunca supe el nombre del tipo de cara blanda e impasible, de forma que lo llamaré Dos. Tampoco recuerdo el nombre del protagonista del relato, y lo he bautizado con Tres. Gajes de mi profesión, que prefiere números a fulanos o menganos.



Dos refiere que Tres es uno de esos hombres firmes y acostumbrados a forjar su futuro por propia voluntad. Alguien que descrea de destinos y fatalidades.

Su ex esposa le avisa un día que debe internar al hijo mayor de ambos, Pablo, por una hepatitis de las bravas. Tres le ordena a su mujer que elija la mejor clínica privada de la ciudad.

Pero Pablo necesitará un trasplante de hígado, y el único habilitado para la donación de órganos es el Hospital Público. Tres acepta este escollo confiado en superarlo más adelante.

En el Hospital aparece un nuevo problema: hay otro muchacho internado por el mismo motivo y tiene prioridad en la lista de trasplantes.

Tres reflexiona en la sala de espera de terapia intensiva. Su ex esposa lagrimea acurrucada en una de las sillas, y en la misma sala está la familia de Damián, el otro muchacho. Sus padres y sus dos hermanitos menores, pulcramente humildes, rezan en silencio.

Tres se presenta al Director del hospital— Doctor, disculpe el atrevimiento, pero la peor pregunta es la que no se hace... ¿puedo ofrecer algo para que mi hijo pase a primer lugar en la lista para recibir órganos?

—Señor—contesta el Director— una ética mínima me impide



contestarle. Y además, no es decisión que pase por mí... Hasta luego.

El Director lo despide con un portazo.

Tres sale y telefona al abogado de su empresa, le da directivas, nombres y teléfonos de funcionarios políticos, cuelga y espera. Tres ha comprado el primer turno de trasplante para su hijo.

Cinco horas después, Pablo sale de la operación con buenas perspectivas. Solo resta esperar la evolución.

Pasan las horas y Pablo va de mejora en mejora. En la sala de espera ya no está la familia de Damián.

Tres ve, al fondo del pasillo, la silueta del Director apoyado en la pared, recortada contra la claridad de una sala iluminada. Camina hacia la claridad: es la capilla del Hospital.

El Director tiene en sus labios un cigarrillo apagado. Adentro, la familia de Damián reza en susurros. Tres piensa que lo que llaman fe es, en cierto modo, como el dinero: puede ayudar, pero hay que tenerla.

Pero ya ha llegado hasta allí, y le incomoda tanto quedarse como irse. Intenta cortar ese silencio molesto, y le pregunta al Director:

—¿Y como está el pibe... Damián?

—Damián murió anoche.

—Ah... pobre gente ¿Y todavía están acá?

El Director levanta sus ojos cansados hacia Tres, se quita el inútil cigarrillo de los labios, y le informa:

—Sí; rezan por su hijo.

—Claro. Pobre Damián, tan pibe...

—No, rezan por su hijo de usted, Pablo, para que se ponga bien—aclara el director.



El desenlace termina de sacudirme la modorra con que he escuchado a Dos. Él me mira a los ojos dándose impulso. Sonríe con tristeza y sigue:

—Siempre abandono mi historia aquí. Siempre me queda lo principal por decir, como si me costara juntarme con el final. Pero

hoy es diferente, quizás porque alguien -usted- por fin me ha escuchado. Usted es en este momento la posibilidad de desprenderme de esto que me persigue como una mala memoria.

Porque yo, así como usted me ve, no quiero reconocerme ni mirándome al espejo por las mañanas, al afeitarme. Yo soy Tres.



Hoy, un año después de que Tres me contara su historia, la he rememorado paso a paso con la débil esperanza de deshacerme de ella de una vez por todas. Pero esa esperanza se diluye ahora porque, mientras desempañó el espejo para afeitarme, suena el teléfono en el cuarto de estar y salgo del baño para atender. Sé de antemano que es Pablo que llama para decirme que aprobó análisis matemático.

Antes de llegar al teléfono, vuelvo a aceptar que en esta historia nunca hubo Dos ni Tres, sino solo yo, Uno.

## UN MINUTO SEIS SEGUNDOS

Solo miro y registro. No puedo juzgar, apenas si miro y registro en blanco y negro lo que veo. En mi lado inferior izquierdo unos números agregan el día, la hora, los minutos y segundos. Algún día alguien necesitará, o no, esos datos.

Acá apostada yo podría ser una gárgola mohosa y medieval. Pero soy una cámara de seguridad adosada sobre el dintel de la puerta de un sitio que desconozco. Veo y registro todo el tiempo una pequeña oficina, limpia y casi desnuda, a menudo desierta. Hay una pulcra mesada de nerolite a lo largo de la pared izquierda, y una silla contra la pared del fondo, frente a mí.

«10:47:28 a.m. 04 25 2003». Bajo mi retina se abre el filo superior de la puerta. Entra un hombre enjuto de oscuro pelo rizado y se sienta en la silla, frente a mí. Un rostro afilado, arábigo, de bigote también oscuro. Lo sigue un hombrón semi-calvo y canoso, corpulento. Lleva la camisa arremangada hasta bajo los codos. El hombrón deja un vaso plástico sobre la mesada y lo llena con agua mineral de una botella plástica. Deja la botella sobre el nerolite y le extiende el vaso al otro. No hablan; obran con la naturalidad de un corto descanso, un lugar tranquilo para sentarse, un vaso de agua fresca.

El hombrón sale dejando la puerta abierta. El otro, sólo ahora, bebe de prisa un trago de agua y devuelve el vaso a la mesada. Con la mano derecha retira el faldón de su camisa, y con la izquierda saca de la cintura una pistola oscura, mediana. Se la apoya en la sien. Dispara.

Un sacudón golpea su cabeza contra la pared de atrás. Todo el cuerpo, salvo los brazos, se pone rígido como una oblicua tabla apoyada sobre la silla. Debería deslizarse al suelo, pero los glúteos lo traban en el borde del asiento. El brazo izquierdo cae lentamente al costado y el arma choca en el piso. El cuerpo sigue rígido y tieso por dos segundos. Luego la cabeza gira lentamente hasta que la luz de la habitación brilla sobre el oscuro hilo de sangre que sale del oído

derecho. Siguen dos o tres espasmos. Por fin queda inmóvil.

Reaparece el hombrón semi-calvo, canoso. Apenas mira al muerto y murmura—¡Mierda!— Retira el vaso y la botella de agua. Se va.

10:48:34 a.m. 04 25 2003», muestra el reloj digital en mi registro.

Soy apenas un ser humano como otros tantos. Solo miro y registro el video que me acaban de mostrar. No puedo juzgar, apenas sí sentir. Una leve opresión como de anginas arrastra su viscosidad dentro de mi tráquea. El aire acondicionado, la luz, el amortiguado silencio de la oficina en que estoy, son ahora ostensiblemente artificiales. Parecen fluir desde algún lugar remotamente desconectado de la vida. Un miedo lábil y omnímodo refresca la transpiración sobre los poros de mi piel, entra sutilmente al hueco de los pulmones y el corazón, y humedece la superficie fría de mis circunvoluciones cerebrales con la artificial claridad de las morgues.

Vuelvo a casa por la coectora. Al calor de noviembre opongo la ventanilla cerrada y el aire acondicionado del auto.

Retorna a mí la viscosa baba de un horror que quisiera suponer ajeno, aunque lo intuyo oculto en mí y en cada hombre sobre la tierra. Habrá muchos que todavía lo ignoran. La sentencia, para quienes lo vimos aunque más no sea en un monitor, es amarga: también de eso estamos hechos. Capaces de ahondar todavía más allá de la desesperación, capaces de apropiarnos de la desesperanza total.

Capaces de apurar el último sorbo, estallar nuestros sesos con un disparo, levantar el vaso y la botella de plástico, y salir de todo esto sin mirarnos, dejando la mesada limpia. Ordenada.

## GATO DE PELUCHE EN CELOFÁN

Mientras la mesera trae el menú y la carta de vinos, es inevitable chismorrear sobre los otros comensales. Uno y la señora de uno han elegido comer en el jardín, bajo la noche cálida y los farolitos de papel color colgados de los cedros.

Uno no tarda en reparar en la mesa contigua; la ancha espalda del tipo al que uno le calcula unos cuarenta y tantos, viendo de refilón su cara varonil de gruesos bigotes y patillas. Él encoge las piernas hacia atrás bajo la silla y talonea en el aire, nerviosamente, con su pié derecho.

Pero a uno le llama más la atención la figurita de la que -uno supone- es hija del tipo, una niña de apenas escuela primaria. Alguien, el padre o la mesera, ha despejado el mantel frente a ella, que duerme apoyada en su antebrazo derecho.

Cada tanto, uno no puede sino volver a mirar los ojos cerrados de la niña y su pelo lacio y castaño extendido en el abandono del sueño profundo.

En el centro de la mesa hay una pequeña torta de cumpleaños que abigarran nueve velas sin prender, escoltada por un gato de peluche flamante y cara graciosa.

La señora de uno, madre ante todo, ha intuido el trasfondo mucho antes que uno: un padre divorciado, un festejo dividido entre la propia casa y con amiguitos, y el restaurant con papá a solas y las velitas sin prender. La señora de uno dice —pobrecita— y uno responde— sí, pobrecita— y agrega mentalmente: «pobres los dos».

La mesera toma el pedido de uno y su señora, que de pronto es la mitad de lo planeado. Una tristeza no ajena le anuda el estómago a uno y a su señora.

El tipo va tomando de a sorbitos el resto de la botella de vino blanco que ya ni siquiera devuelve al cubo de hielo. A cada cigarrillo que enciende mira la cabecita dormida a su lado, el gato de peluche y

la hora en su reloj. Festejo en el restaurant con velitas apagadas y a solas con papá que no sabe qué hacer.

La mesera vuelve con los platos de uno y de su señora y luego le dice al papá:

—Pobrecita, se durmió ¿Puedo retirar señor?

Retirárá todo de sobre la mesa. Volverá con la torta envuelta en papel de cumpleaños y el gato de peluche en celofán. El tipo pagará, despertará a su hija, le pondrá un saquito de hilo sobre los hombros y la llevará de la mano, bostezando ella, a lo largo del mostrador hasta la calle y el auto. Y la dejará somnolienta, abrazando su gato de peluche en celofán, en la puerta de su casa. La nena le dará un beso con un «Chau papi», tomará la mano de su madre y la puerta de calle se cerrará a espaldas del tipo que volverá al auto.

Y uno, que tiene sus propios hijos y su señora los suyos, ya ha pagado la cuenta y solo resta darle la propina al hombre incógnito que con un diario enrollado en el puño ha estado vigilando el auto de uno estacionado en la calle. Y en el regreso a casa habrá solo silencio entre uno y su señora.

## LO QUE EL CIELO NOS DICTA

Ni aún ahora, a salvo en la vereda de enfrente, sé si acabo de salir de una pesadilla o de un sueño. Pero me alivia no sentir más esa confusión en que la señora Ekberg me pedía todos los meses que fuera yo quien bajara desde mi segundo piso a pagarle el alquiler a ella —la dueña— en el primero. Y yo que entraba a su departamento y ella que me recibía en deshabillé y me apuntaba sus pechos de cincuenta y cuatro años viudos y bien puestos y me hacía sonrojar —¡Ah!..mi timidez de toda la vida— y yo que le pagaba a la señora Ekberg y salía casi a la carrera y justificaba mis miedos pensando que era obsceno que ella se fijara en mí que tengo solo treinta y ocho.

Cuando Amparo vino a vivir al quinto tenía apenas veintidós años. Después de la primera vez que nos cruzamos en el ascensor y tuve la premonición de lo nuestro, me di cuenta de que, al fin y al cabo, entre mi edad y la de la señora Ekberg habían dieciséis años y entre la de Amparo y la mía también. Entonces se iluminó en mí que todos buscamos en el amor la comunión de las almas y no de las edades. Y también comprendí que las insinuaciones de la señora Ekberg no eran sucias ni lascivas y sentí empatía por ella. Pero yo ya me debía a Amparo.

Amparo deslumbraba de hermosura y lozanía entre los dos espejos del ascensor cada vez que coincidíamos en él desde el segundo a la planta baja, que era casi todos los días porque yo me aprendí de memoria sus horarios de salir y volver, y de a poco en cada encuentro le fui diciendo de mi espiritualidad y de mi creencia en el amor genuino que todo lo supera. Y si bien nunca le hablé de esa premonición acerca de nosotros, ella me dijo una tarde «Es usted una persona muy especial y profunda, cualquiera querría compartir la vida con usted» y allí mismo supe que sus palabras eran una señal del Cielo.

La señora Ekberg no se resintió conmigo pese a darse cuenta de mi atracción por Amparo porque yo seguía bajando a su departa-

mento todos los fines de mes a pagarle el alquiler. Además el Cielo me permitió ver en sus ojos la condescendencia y el permiso que solo una mujer experimentada podía conceder a mi encantamiento por Amparo.

Franca, que me visitaba martes, jueves y sábados por las noches, notó mi arrobamiento. Pero ella no hubiera comprendido mi premonición y tuve que echar mano a medias palabras e insinuaciones para que dejara de venir o llamarme. Me acusó de haberla traicionado cruelmente pero el Cielo me absolvió dictándome que yo me debía totalmente a Amparo desde su declaración en el ascensor.

Entonces apareció Andy con el desparpajo y la irreflexibilidad de sus veinticinco años, primero acompañando a Amparo hasta la puerta del edificio y luego durmiendo en el quinto con ella. Tuve mi segunda premonición de que él la haría sufrir con sus devaneos de joven mundano pero el Cielo me dictó que resignara mi despecho y tuviera paciencia y comprensión con la candidez de Amparo.

Andy iba y venía diariamente trayendo y llevando al quinto piso envases y bidones de productos químicos que la señora Ekberg y yo supimos eran parte de su dudosa forma de ganarse la vida. La señora Ekberg me confesó preocupada que eso podía ser peligroso en el edificio, pero elegimos mantener silencio, yo por no perjudicar a Amparo y la señora Ekberg por no enquistarse conmigo.

En la pesadilla que me tenía insomne con la imagen de Andy, bajé una noche hasta el recibidor de la planta y vi un bidón olvidado por él, seguramente debido a sus prisas carnales.

La tercera premonición me iluminó aconsejándome no flaquear ante el despecho y el rencor, recordándome que el Cielo prometido para Amparo y para mí estaba mucho más arriba que el quinto piso, y subí para avisarle a Andy de su olvido.

Dudé en el silencio del palier abarrotado indolentemente de envases y botellones y a través de la puerta oí, sin querer escuchar, la voz susurrante de Amparo, ambigua entre quejas y pedidos. El confuso estrépito con que se atropellaban en mí la vergüenza de mi



indiscreción y mi rabioso despecho me obnubilaron. Permanecí inmóvil esperando una señal del Cielo que me indicara qué hacer. Luego, en plena turbación, bajé por la escalera hasta que, un piso más abajo, percibí el olor a combustible y el crepitar de las llamas sobre el reguero líquido que caía escalón tras escalón desde el quinto. Sí, también habían sido premonitorios los temores de la señora Ekberg.

Ya la escalera era todo fuego, y en mi espanto escapé hacia la planta baja y la calle. A salvo acá en la vereda de enfrente y con más serenidad, puedo comprender que el Cielo me ha dotado de mi instinto de supervivencia para dar ayuda a otros que también me necesitarán.

Y ahora se agrupan los demás inquilinos angustiados por el fuego que sale por las ventanas del quinto piso y cualquiera diría que nos une el espanto, pero yo siento entre todos nosotros esa comunión y hermandad que el Cielo nos dicta.

Mientras llegan los bomberos, la señora Ekberg viene hacia mí entre la multitud buscando en mi mirada un consuelo a la tragedia, y yo, que no sé qué decirle, la abrazo fuertemente y con mi cabeza en su hombro percibo el olor a solvente que sube desde mis manos, entonces las bajo hasta su cintura para que ella no pueda olerlo — aunque sé que ella jamás diría nada— y dejo caer la caja de fósforos, que se desparrama por el piso. La señora Ekberg se separa apenas, me besa fugazmente en los labios y dice, como si se lo dictara el Cielo:

— Ahora debemos ser más unidas que nunca, Graciela.

## EXTRAÑO EN SU CASA

En abril, Masuh se hizo unos chequeos rutinarios. En términos ambiguos, el doctor Veyra le anunció que había reaparecido el cáncer que años atrás parecía superado. Esta vez era terminal.

Veyra esbozó alguna expectativa de plazos. Masuh, aturdido, se despidió y volvió a su casa, en donde a nadie debería comunicarle la mala noticia: Masuh vivía solo, separado de su esposa, y sus tres hijos tenían ya sus propias familias y hogares.

En el camino paró en un supermercado y compró lo habitual, agregando unas botellas de ginebra. No veía qué planes intentar, pero estaba seguro de que, cualesquiera que fuesen esos planes, incluían la fugaz hipnosis del alcohol y del sueño.

Durante el regreso, las calles, el barrio e incluso su casa se le antojaron lejanas, casi desconocidas.

A la noche avisó al trabajo que estaba enfermo. “Indispuesto” dijo. Al día siguiente amaneció lloviendo. Un doctor del control de ausentismo tocó el timbre. Era joven, sin experiencia. Masuh lo hizo pasar y sentarse a la mesa del living. La actitud del muchacho pedía perdón por entrometerse. Sin mirar a Masuh sacó un formulario de rutina y una birome, y cobró valor:

— ¿Qué le anda pasando, señor Masuh?

— Cosas— Masuh le extendió los resultados de los estudios.

Después de leer, el médico rellenó algo en su formulario y escapó bajo la lluvia olvidando la birome. Masuh prendió un cigarrillo y estuvo haciendo garabatos sobre su copia del formulario hasta que sintió ganas de tomar una copa aunque fuera temprano. En uno de las esquinas del cielorraso había surgido una mancha de humedad. Pensó que seguramente se debía a la lluvia.

Masuh pasó las siguientes dos semanas viendo televisión, fumando y bebiendo recluso en su casa, que le seguía pareciendo distinta, más ahora que pasaba tanto tiempo adentro.

Solía abstraerse en la mancha de humedad que agrisaba la esqui-

na del cielorraso. No cambiaba, solo estaba allí latente e inmóvil, esperando que las lluvias de noviembre la hicieran crecer. Masuh sintió alivio ante esa corta posibilidad de postergación.

Por fin avisó por teléfono a su hija Agustina. La llamada dio comienzo a una serie de visitas de los hijos con una frecuencia desusada. A veces venían con sus cónyuges. Solo Agustina y Rodolfo, el mayor, vinieron algún domingo con sus respectivos hijos.

Durante las visitas, Masuh soportó la incomodidad que le producía la zozobra en la cara de sus hijos, la inútil compasión escondida en sus formas de hablarle. Había pasado en soledad las primeras semanas después del diagnóstico postergando el momento de enfrentarse a esa molestia.

Agustina esbozó la idea de quedarse a dormir algunas noches con su padre. Masuh replicó que no era un inválido y la idea fue desechada, lo que alivió secretamente a Masuh y a sus hijos varones, que se ahorraban el tener que igualar los desvelos de la hermana.

Su ex-esposa llamó una noche por teléfono. Masuh percibió cuánto le había costado a ella decidirse a hablarle. Por más de media hora él estuvo respondiendo “sí”, “no” y “bueno gracias” al aluvión verbal de ella acerca de la espiritualidad y del valor que puede encontrarse en la fe.

La intención era buena, y Masuh pudo perdonarle que mantuviera ese cándido entusiasmo por la literatura de auto-ayuda. Por fin ella cortó con un “bueno, si necesitás algo...”. Masuh se sentó en el sofá y bebió un gran vaso de ginebra con hielo, mirando la mancha en el cielorraso hasta quedarse dormido.

Al día siguiente, casi al oscurecer, vinieron los tres hijos, Rodolfo, Agustina y Esteban. Tomaron café en el comedor. Masuh intuyó que ninguno de los tres se animaba a abordar el asunto que los traía— además de la salud de él— así que destrabó la situación diciendo que había que iniciar algunos trámites relacionados con sus pertenencias, que incluían la casa, y que no se ofendería por el hecho de hablar sobre el tema, pero que prefería dejarlos en manos de ellos

tres. La presión se alivió.

Masuh se excusó diciendo que quería estar un rato a solas en el patio del fondo. Se sentó con los cigarrillos y una ginebra en el banco de ladrillos rojos desde el cual podía ver, con el resto de luz de la tarde, la perspectiva trasera de su casa, el jardín descuidado y las paredes percutidas por la intemperie. Persistía en él esa sensación de ser un recién llegado a la casa, o de no pertenecer a ella.

Desde la ventana iluminada del comedor llegaban las voces de sus hijos, hablando de sucesiones, herencias, títulos y escribanos.

Masuh reconoció para sí que la casa le resultaba extraña más que nada porque durante los quince años que llevaba habitándola solo había estado de paso. Apenas recordaba cómo era la terraza que daba al jardín desde el piso alto.

Tomó vaso y cigarrillos y subió en la semipenumbra por la escalera externa que llevaba a la terracita. Apoyado en la baranda tuvo una visión distinta del jardín.

Escuchaba con claridad las voces de sus hijos saliendo nítidas por la chimenea de ventilación. Por un momento Masuh deploró parecer un fisgón, pero no quería aún bajar al patio, y no podía evitar escuchar.

De todas formas, la conversación no revestía mayor interés para él. Los tres hijos acordaban en que la casa se pondría a nombre de todos. Había algunas diferencias: Rodolfo, el único que vivía alquilando, quería ocuparla por un tiempo indeterminado, pero Esteban prefería vender y repartirse el dinero.

Agustina apoyó el parecer de Esteban, a lo que Rodolfo respondió recordándole a su hermana que en su momento él le había prestado plata para que pudiera comprar el departamento. Lo dijo en tono ofuscado. Agustina dijo que cedería si fijaban un plazo para que Rodolfo desocupara la casa, además de que ella se quedaría con el Renault: Después de todo el padre había ayudado a los dos varones a comprar sus primeros autos.

Parecían no poder llegar a un acuerdo sobre todo esto hasta que

Rodolfo agregó, bajando el tono, que el viejo tenía depositado un considerable plazo fijo como parte de la modesta herencia.

Masuh bajó al patio, volvió a llenar su vaso en la cocina y a sentarse en el banco de ladrillos. El tono de las voces fue bajando. Por fin apareció Agustina llamándolo: era tarde y ya se iban.

Al despedirse en la puerta de calle, Rodolfo le dejó la tarjeta de un abogado, y quedaron en combinar día y hora de la semana entrante para firmar lo que fuera necesario. Se subieron al auto y Masuh los despidió con la mano.

Al entrar miró nuevamente la mancha en el techo, pensando que en poco tiempo la casa no sería más suya y que otro tendría que ocuparse de las humedades del techo.

Pero eso no hacía gran diferencia con el pasado, y el futuro era una cuestión cancelada para él.

## FIN DE TEMPORADA

Toma café y fuma en la mesa más alejada del comedor. Entre él y la escalera crece el alboroto de los pasajeros sentándose a las mesas.

Las nodrizas se afanan agrupando a los niños, atentas a las órdenes de las damas.

Es el último desayuno de la temporada.

Prende otro cigarrillo después del café. El humo, espesado por el contraluz de los ventanales que dan a la marisma, borrona el impecable azul oscuro de su chaqueta y el cuello tieso y blanco de la camisa.

Anoche fue la soiré de despedida. El maitre, exultante, aprueba por última vez en la temporada la pulcritud de manteles y vajillas, el brillo de los mosaicos y la ausencia de serpentina y papel picado en los pisos del salón.

Las damas y sus niños ya están sentadas ante el desayuno, esperando en silencio. En la recepción, los señores han pagado la cuenta y negocian con los mozos de cordel la propina por llevar las maletas al embarcadero.

Ella aparece sola, bellamente ínfima, deteniéndose al pie de los mármoles de la escalera, y lo busca con la vista, ajena al tintineo de tazas y cucharillas.

Él se incorpora de su silla y ella atraviesa, llamativa y simple, enfundada de negro hasta la blanca piel de sus manos, la distancia que la separa de él.

Desde el amarradero llega apenas el regatear entre mozos de cordel y marineros; reparten las propinas astutamente, hechos a fuerza de temporadas veraniegas, millonarios y bon-vivants avaros.

Él le acomoda la silla y llama al camarero. Se sientan, ajenos a las ahora apagadas voces del salón.

Quizás ignoren sus propios nombres.

Antes de que el silencio los vuelva a separar, ella susurra:

—¿Podríamos estar juntos después de anoche, después de cono-

cernos tanto?

El hombre calla; repasa con la vista los caireles, la boiserie, las gruesas cortinas púrpura y los impecables moños de los camareros.

En el embarcadero las vaporetas esperan repletas de cofres y valijas, y sus chimeneas oscilan pausadamente contra el gris esfumado de la bahía.

Ella piensa en huir del silencio de él. Se levanta y el hombre la detiene tomándole el brazo con una brusquedad torpe, no deseada.

—Quizás sí pudimos y no fue. Pero queda mucho por delante para estar juntos. Ahora es la mirada de ella la que se pierde dudando a través del ventanal, en el difuso gris lápida de la última mañana del verano.

Las chimeneas de las vaporetas oscilan junto al embarcadero, mientras los silbatos llaman a bordo.

Los últimos veraneantes van saliendo por el portal del hotel que da a la marisma.

Querrían abrazarse y dejar las maletas en el hall, romper con todo lo de antes y después de ellos dos.

Un camarero les alcanza las cuentas. El hombre paga las dos, le ofrece el brazo a ella y salen hasta el portal.

Los silbatos siguen llamando, solo a ellos ahora.

Queda casi el último intento de los dos, de frente a la borrosa claridad de la media mañana del último día de temporada.

No se reclamarán mas nada. Él señalará al mozo las maletas de ella y atravesarán la playa hasta la pasarela enmaderada que conduce a las lanchas.

Entonces ella se descalzará sus tacos altos para no trabarse en las hendiduras de la pasarela, y mientras sostiene sus zapatos en la mano derecha, verá que el hombre mira sus pies blancos, los de ella, sobre los toscos tablones.

Entonces, señalando la palidez de sus propios dedos descalzos ella dirá, sorprendida: — Ésta soy yo ¿Y tú?

La última vaporeta del día deja de sonar su silbato y se aleja del

embarcadero.

La silueta de ella se achica alejándose por la pasarela. Él, sin saber todavía qué significa el nombre de ella, la llama.

Ella se detiene descalza, con los zapatos en la mano, y se vuelve hacia el hombre a medio camino entre el embarcadero y el hotel.

Él tarda apenas en volver y ofrecerle su brazo, porque primero debe acarrear las dos maletas de ella que quedaron abandonadas en el extremo del embarcadero, solitario salvo por ellos dos que vuelven al hotel.



## PARTE DEL AMOR

Que inicia el suave bozo sombreando arriba tu labio - la luz tardía en sesgo desde el postigo indiscreto - el anuncio del deseo prieto entre los párpados.

Que ignora el umbral de los pudores y moja la triple frontera de tu pelo, de tu lóbulo izquierdo, del arqueado declive de tu cuello - la almohada hendida, blanca la sábana, silencio apenas rozado.

Que baja por el valle de tus senos, encrespa de urgencia tus puntas areoladas, el ápice de mi ardor - montura mi boca, surco de mi lengua, cielo de tus pechos, pradera triangular - espiral inconclusa de tu ombligo, hálito de tu centro que da vida.

Que reanuda con los vientres fundidos a piel - sumisión y poder: Tú invadida y captora, yo invasor y cautivo.

Que arquea mi espalda rehén de tus manos - inversa Y-griega de tus muslos, vaivén de rudezas a suavidades- la tibia luz de la tarde sonrosando las paredes.

Breve iluminación sin tiempo, derrame de delicia postergada - la fugacidad de sentir que soy sin ser algo ni alguien.

Las mejillas refugiando la tibieza después del ardor, palpitar que decrece.

Los ojos en los ojos - el anhelo del amor después de amar.

El giro y la almohada.

## AGUACHENTO

Después de tres años de matrimonio Ana y Fredi tenían menos motivos para estar juntos que cuando se casaron..

Él era un tipo quieto, pálido. Cumplía ocho horas diarias en una compraventa de autos, volvía a casa y se metía en el altillo a pintar cuadros, dejar que se secaran y amontonarlos sin hacer nada más con ellos.

Ella era maestra de primaria a doble turno, y tres días por semana volvía tarde después de sus partidos de tenis.

Entonces él salía del altillo, miraba apenas las azoteas vecinas y oscurecidas, y bajaba. Cenaban juntos hablando de cómo habían ido las cosas durante el día. Intercalaban en esas conversaciones los largos huecos en que prestaban atención al televisor.

Ana se levantaba a lavar los platos. Fredi llevaba la bolsa de residuos al contenedor y aprovechaba para fumar uno en la calle. Esperaba que ella le dejara libre la ducha, se bañaba y se metía en la cama mientras ella terminaba de preparar las clases del día siguiente.

A veces -Fredi- decía algo que había olvidado mencionar durante la cena. Cosas como “hoy vendí un Galaxy 82 que llevaba un año en la agencia. Un verdadero clavo”

—Bien— respondía Ana, con frases al estilo de: —si te concentraras más en eso que en los cuadros seguramente te darían un aumento en la comisión. Eventualmente él no sacaba los residuos, ella no lavaba los platos y se duchaban rápidamente para tener sexo antes de las doce de la noche.

Eso alargaba un poco las conversaciones de todos los días.

Antes de que Fredi se durmiera, ella prendía el velador e iba al baño a lavarse. Él esperaba que cesara el ruido del bidet para darse vuelta hacia su lado de la cama y cerrar los ojos. Ana se acomodaba contra las almohadas y preparaba las clases para el día siguiente.

Por un tiempo las cenas de los domingos fueron diferentes. El vecino era un tipo joven que aprovechaba los fines de semana para

construir la planta alta de su casa ayudado por su esposa, mientras los bebés —tenían dos muy seguidos en edad— berreaban o parloteaban.

Ana y Fredi tuvieron con eso un tema nuevo del que hablar y ser cómplices mientras cenaban.

Pero los ruidos terminaron irritando a Ana y un domingo le preguntó a Fredi si no le molestaban los martillazos mientras pintaba en el altillo.

—Porque a mí me ponen loca, no sé cómo no les decís algo.

Fredi asintió y subió a la terraza. El muchacho y su esposa lidiaban tratando de subir una viga de madera tosca al techo. Cuando vieron a Fredi la dejaron en el piso, esperando ser regañados por los ruidos.

Fredi dijo que tuvieran cuidado con esos esfuerzos, y que incluso lo podían llamar a él para dar una mano. Después pasó de su terraza a la otra y ayudó al vecino a calzar la viga sobre la mampostería.

Cuando bajó y entró a la cocina Ana fingía mirar un partido de fútbol en la TV. Estaba cruzada de brazos, torva; Fredi supo que ella había escuchado todo. Tomó la bolsa de residuos y salió. Después fumó dos cigarrillos.

Cuando entró de nuevo, en la TV pasaban un recital de Madonna. Ana había sacado una cerveza y dos vasos. Bebieron más de una y se achisparon. Fredi pensó que ella le había dejado pasar la flojera. Pero Ana empezó a reír señalando una acuarela que él había colgado en el comedor. Fredi rió con ella sin entender.

Entonces Ana dijo que lo que mejor le salía eran las acuarelas.

— Será por lo de la palidez— agregó, y volvió a reír hacia el techo sin poder parar, señalando el lugar de donde provenían los ruidos de los vecinos.

Fredi se encogió de hombros sonriendo y argumentó que así era él.

Se levantó por otra cerveza para salvar esa momentánea camaradería que los había unido.

Ella lo cruzó con una mirada tan áspera como la de cuando fingía mirar el fútbol en la TV. Después pegó un palmazo en la mesa, murmuró “¡Por Dios!”, entre dientes y se fue a duchar. Fredi tomó hasta terminar la botella, mirando la acuarela.

Cuando oyó que Ana roncaba se bañó y se metió en la cama como un intruso inofensivo.

Dos semanas después firmaron ante un abogado unos papeles que daban cierto valor a las cosas que se repartirían, pusieron fecha para la audiencia de divorcio y volvieron a la casa.

Ana estuvo empacando sus cosas por unos días mientras él miraba cómo el vecino y su joven mujer terminaban de techar la planta alta. Luego se acostaba en un colchón que él mismo había subido al altillo para dormir hasta tanto Ana se fuera.

Antes de dos semanas Ana se mudó al departamento del abogado. A la audiencia de divorcio concurrió una socia del mismo bufete. Fredi se sintió tardíamente perspicaz recordando que el abogado también jugaba tenis en el mismo club que Ana.

De vuelta del juzgado observó como la pintura de la pared tras los muebles que se había llevado Ana lucían más claros, como aguachentos. A la noche bajó del altillo todas las acuarelas, salió a la calle y las arrojó en el contenedor de basura.

Antes de entrar llamó a la puerta del vecino y le pidió algunos clavos y un martillo. La esposa miraba tímidamente desde adentro, con un bebé en brazos y el otro prendido a sus jeans.

Cuando el muchacho volvió con los clavos y el martillo se ofreció para ayudarle en lo que pudiera, agregando que no aceptaría un no como respuesta. Fredi aceptó, aun dudando de si el tipo lo hacía por devolverle favores o por tomarse revancha dando martillazos y molestando a los demás vecinos desde la casa de Fredi.

Entre los dos bajaron los cuadros que quedaban en el altillo. Óleos, acrílicos y algunos apuntes a carbonilla o pastel. Los fueron apoyando contra las paredes vacías.

El muchacho declaró no saber nada de pinturas, pero que podía

decir que le gustaban. "En general", agregó, tras dar una segunda repasada a los cuadros.

Tomaron una cerveza sentados en el suelo. Fredi explicó la idea del trabajo: había que tapar con los cuadros las zonas de la pared que antes habían ocupado los muebles.

—Van a quedar bajos—objetó el muchacho.

—Ya sé—replicó Fredi— pero ahora se me da por ponerlos así. Más adelante veré.

—Bueno, como quiera. Usted me indica que cuadro va en cada lugar y yo lo cuelgo.

Fredi eligió cuidadosamente el primer cuadro, dejó que el muchacho lo sostuviera en el lugar elegido y se retiró para tener perspectiva. Su firma al pie derecho del cuadro, tan solo separada del piso por la altura del zócalo cobraba una atracción especial.

¡Clávelo, compañero!—dijo por fin, y empezó a reírse con carcajadas de menor a mayor, cada vez más desaforado.

El muchacho se contagió de la alegre energía de Fredi y ambos siguieron con el trabajo a todo vapor. Ya sin elegir, Fredi alcanzaba los cuadros y el muchacho —él también reía ahora—los fijaba sobre la pared con dos martillazos.

En media hora terminaron de tapar las zonas blanquecinas. Sobraban varios cuadros, y los usaron para completar los vacíos entre los ya clavados.

Todo el pasillo y gran parte del comedor y de las dos habitaciones eran una galería de arte a baja altura.

Se echaron en el suelo a beber otra cerveza. Rieron entre trago y trago con la nuca apoyada en la pared, mirándose como compañeros de fechorías hasta recuperar el aliento.

—Su mujer se fue ¿no?—preguntó claramente el muchacho.

—Si. Hace un par de semanas, más o menos— Fredi sonrió—¿Se me nota?

—Siempre se nota, vecino. Yo voy por la tercera, y antes se me

notó. Calculo que es natural que se note.

—No sé. Es mi primera separación.

—Me imaginé.

—¿Por qué?

—Por los otros cuadros. Los encontré en el contenedor y me los traje a casa. Ahora sé que son suyos—señaló el pasillo— por la firma.

—Ah, las acuarelas ¿Y eso que tiene que ver?

—Tiene que ver. Uno no tira así nomás lo que ya hizo. Yo antes lo pienso. Y me parece que usted ni lo pensó. Fue y las tiró a la basura.

Fredi calló recordando la tosca viga de madera y de cómo la habían acomodado sobre la mampostería mientras la muchacha levantaba en brazos al más pequeño de sus hijos.

Afuera la calle estaba tan en silencio como la casa. “Nadie ha venido a golpear por ruidos molestos”—pensó Fredi.

El muchacho se puso de pié y le extendió la mano:

—Me voy a casa. Mi mujer debe estar renegando con los chicos y la cena. Le dejo los clavos y el martillo, por si acaso los necesitara para algo más.

Fredi esperó en la vereda a que el muchacho cerrara la puerta de su casa. Desde ahí miró el techo de chapa apoyado en declive sobre la pared del frente. La escasa claridad le dejaba ver algunas de las vigas de madera que sostenían el techo. Pensó que no era muy importante si no veía la viga que el muchacho y él habían subido juntos. De todas formas, ahí estaba.

De vuelta en su casa, tiró el colchón en un lugar del suelo del comedor que le dejaba ver también el pasillo. Se acostó dejando las luces prendidas y el despertador del trabajo al lado.

Estuvo un rato recorriendo con la vista su propia galería de cuadros a baja altura. Cuando sintió el primer anuncio del sueño cerró los ojos y pensó en las acuarelas aguachentas, desvaídas, que ahora estaban en casa del vecino. Seguramente él se las devolvería si

se las pidiera, pero ya no eran suyas y eso no tenía remedio.

Antes de dormirse del todo algo lo sobresaltó. Mirando hacia arriba y atrás, colgaba la única acuarela sobreviviente, la que había hecho reír a Ana.

Aún visto así, del revés, seguía siendo uno de los mejores cuadros que había pintado en su vida.

Eso fue lo primero que recordó al día siguiente cuando sonó el despertador.

## CIELO FUCSIA

—Ladran ¿Dónde? —pregunta ella.

—Por el pinar, atrás del claro —responde él, y desempaña el vidrio con la mano. Por la ventana el cielo es oscuro, apenas rojizo bajo la luna de invierno.

—¿Por qué ladran? ¿Nos miran? —pregunta, refugiada en el calor de las cobijas.

—Ladran, se llaman para estar juntos. Es por el frío.

—Si miraran hacía aquí se verían sus ojos. Solo brillan cuando miran hacia uno ¿no?

—Sí. Pero todavía no los veo.

Ahora él fuma; la brasa se refleja en el vidrio de la ventana.

*“... solo brillan cuando nos miran. La gata de Madelyne, inmóvil en el antepecho, cuando bajé a medianoche a la cocina. Inmóvil, mirando hacia dentro. Yo ya sabía que estaba embarazada de Julián, y Madelyne también. Y esas pupilas verticales viendo en la oscuridad”*

Ella se vuelve hacia la cama de Julián y extiende la mano a ciegas como para arroparlo.

—Empezó a nevar—dice él.

Ella se arrebujaba bajo las frazadas con la vista fija en el perfil de él, apoyado en la jamba contra el negro rojizo de la ventana. Fumando sin hablar.

*“Antes de él, éramos felices. Madelyne y yo; y la gata. Cuando el sol del verano entraba, Kitty se subía a la cama para olerme entre las piernas hasta que nos despertábamos felices porque era domingo, y yo echaba a Kitty, y Madelyne reía de mis pudores, abrazándome. Éramos felices. Pero después yo lo traje a él”*

—Ahora aúllan, más cerca ¿Los ves?

—Sí, están en el claro, aullando. Es el hambre, el frío.

—¿Miran?

—Si. Y olfatean inquietos. El cielo rojo los enloquece. Es más hambre y frío.

*“¿Tendrá frío Julián? Los niños no saben mientras son chicos, y duermen*



*tranquilos. Julián duerme. Pero nosotros ya sabemos y no hablaremos. Como siempre. Ésta vez deberíamos hablar”.*

—¿Te acordás de Kitty, la gata de Madelyne? De noche yo sabía si me miraba por el brillo de las pupilas. Solo de frente.

La silueta de él, incómoda, apaga la colilla contra el suelo. Vuelve a mirar afuera y dice —Miran para acá.

*“Trata de hacerme callar con el miedo. Ellos nos miran, afuera, horribles en la nieve y lo oscuro ¿Cómo ver la felicidad? Quizás sea al revés, que es la felicidad la que nos mira. Nos elige. La felicidad... ¿Por qué nunca volvimos a hablar?”.*

—Nunca hablás —dice ella— Sé que te fuiste porque Madelyne y yo... Pero eso había sido antes de vos ¿Por qué volviste?

Él prende otro cigarrillo y el resplandor de la brasa se vuelve hacia ella, mirándola de frente.

*“Ella reía como si nunca hubiera estado triste, y sus tetitas y su flacura de nena me estrechaban de felicidad. Pero después yo lo traje a él. ¿Pude amar a dos personas a la vez”.*

—No importa por qué volví. Estoy acá.

—No ladran más.

—No. Dan vueltas alrededor de la cabaña. Nos huelen y buscan por donde entrar.

*“Bajé a la cocina a medianoche, sabiendo que Madelyne ya no reía como antes. Yo estaba embarazada de Julián, y ella no soportaba compartirme. Y se lo dijo a él, le dijo de nosotras. De nosotras antes de que él llegara. Madelyne y su miedo a quedarse sola”.*

—Me dan miedo— dice ella—¿ A vos?

—También. Pero no pueden entrar.

Él se desviste y se mete bajo las cobijas, aferrado a ella, callado y con los ojos abiertos hacia el rojo fucsia de la ventana.

Ella se vuelve hacia la cama de Julián y extiende la mano a ciegas para arroparlo. Luego acaricia el antebrazo de él, con los ojos abiertos hacia la ventana.

Piensa: *“No me gusta el cielo color fucsia. Ojalá amaneciera antes”.*

## TERRAZAS

Cinco de la mañana. El domingo se abre a los barrios vacíos. La brisa refresca los pavimentos y las paredes calientes, las memorias del día anterior. A los techos solo llega el estrépito de los gorriones y la suavidad de los follajes sobre las veredas desiertas.

Descalzo y en shorts sube a la terraza. Ha pasado la noche transpirando sobre las sábanas, insomne. Arriba, sabe, lo espera el fresco de la madrugada, el silencio de los domingos a primera luz.

Sabe, también, que acaso esté ella. Esperándolo o no.

Es altísima, flaca, morena. Cabello negro, corto. Fuma acodada al pretil, mirando a un punto del horizonte que podría ser cualquiera.

Su vestido de lamé negro la ciñe desde las axilas hasta la mitad de los muslos lineales, casi adolescentes. Está apoyada sobre una de sus piernas. Su pie libre juguetea con el zapato de taco alto.

Arroja la colilla sobre los árboles.

Hay un murete chato y sobre el murete un enrejado alto que separa las dos terrazas. Él se detiene mirándola desde el tope de la escalera que desemboca en la terraza de. Ella aún no lo ve.

El sol, invisible, empuja unas nubes débiles, opacas, en la misma dirección que la brisa. Los claroscuros pasan lentamente sobre las azoteas y las calles.

Descalzo y en pantalones cortos se siente ridículo, como alguien que subiera a preguntarle algo a ella para volver a bajar enseguida con la respuesta, deteniéndose a mitad de escalera azorado, tímido.

El ruido de sus manos apoyándose en los barrotes es lo primero que ella escucha de él.

Sin mirarse se sabe fea, casi adolescente; se atraviesa el flequillo con los dedos abiertos, sola al borde del pretil.

“ Si él subiera ¿le diría? ¿Y por qué a él, si nunca le dije a nadie?”.

Se descalza. Los tacos altos chocan contra el piso, y ese el último ruido que escucha antes de saber que él está ahí apoyado contra la reja, viéndola.

Dos autos se persiguen atronando la calle. Los gorriones, torpes, aletean de un árbol a otro. El sol ha subido y los espacios entre nubes arrojan una claridad más definida, como focos que pasan.

Se puede ver la reja blanca, nítida, y a ellos dos enfrentados con la reja de por medio.

Se ha descalzado: es raramente bella. Tiene la piel morena y los huesos puntudos, juveniles, y le pasa un cigarrillo a él a través de los barrotes.

“Necesito mi paquete de cigarrillos para no tener vergüenza. Para decirle.”

Fuman sin hablarse, de espaldas, reja de por medio. Hasta que él pasa su mano y le acaricia el pelo. Le dice — Es raro esto.

—Sí— ella se separa de la reja. Sus ojos son firmes, duros— es raro que no preguntes mi nombre. Todos queremos saber nombres, edades, cosas. Como clasificar ¿No?

¿Vos podrías decirme quien soy sin mi nombre? Pero me estás viendo—

La sombra gris de una nube pasa sobre ellos.

Ella se abriga los hombros con las manos cruzadas. Vacila: ¿cuál es el próximo escalón antes de decirle?

“No tanto ahora. Solo lo que puedo. Sin decirle, sin que él pregunte más ni se vaya”.

Se levanta la pollera y deja caer las bragas al piso. Va y se apoya de espaldas a él, contra la reja.

El la atrae a través de los barrotes. Quisiera besarla subiendo por los breteles, morderle los hombros imposiblemente a través de la reja.

Palpa bajo el lamé sus pechos lisos, la casi concavidad de su vientre. Ella es extrañamente hermosa, lánguida.

Cierra los ojos y le guía una mano hasta levantarse el borde de la falda. Lo deja decidir, averiguar en la v corta de su entrepierna quién es ella además de su nombre.

Mide y dilata los tiempos y la velocidad con que su dedo sube y baja entre los labios de ella, buscando la exactitud del dónde y el cómo. Le urge hacerle daño apretándola aun más contra los barrotes.

Ella le dice que no, que después. Que más rápido ahora. Termina abandonándose, mordiéndose el labio de arriba, con sus dos palmas apretando la mano derecha de él contra su humedad.

Está la reja entre ellos, y los pájaros callan acostumbrados a la mañana nueva. Las luces y las sombras se suceden sobre los techos y las calles.

“Su mano, después, acarició mi cabeza a través de los barrotes. Disfruté de mis pies desnudos sobre el piso, de mi humedad bajo el vestido. Él, quizás, me hubiera querido tal como era. Debería decir, decirle a él, ahora”.

Espera de ella, que lo mira separada de la reja. Los ojos de ella son menos duros. Tiembla súbitamente, y él no sabe si es el último estertor del placer o el frío de la mañana. Siente la

urgencia en su propia erección. Él sabe que una reja solo puede acrecentar el deseo. Y que después del deseo podría haber una nada prometiendo nada.

Ella se ha vuelto a cubrir los hombros con las manos cruzadas.

“Debería decir, decirle a él, ahora. Desnudarme del último miedo. De pie en medio de la azotea bajar las manos, soltarme los breteles y ser yo sin vergüenza”.

Ella, extrañamente hermosa, vuelve desnuda a la reja, a él.

Sus areolas encajan tan perfectamente entre dos barrotes que él quisiera agacharse y lamerlas.

Pero ella ya ha pasado su mano y alcanza la dureza de él bajo los shorts.

Lo masturba, lentamente primero, hasta que él le pide que más rápido. Termina con un temblor rígido, con la frente abandonada contra los barrotes. Retiene la mano de ella en la humedad viscosa que lo vació.

Los claros son más nítidos. El sol alumbra ahora la cresta de las nubes. El color sobre las terrazas es aguachento, frío. Abajo, en la calle, una voz de hombre crece llamando a alguien.

Se agacha y recoge el vestido. Cuando él dice que quiere saber su nombre, quién es, se da vuelta.

Suelta el vestido y abarca con las palmas su delgadez. Está mirándose por primera vez la planitud de sus pechos, la escasa convexidad de su pubis, sus largas piernas desnudas, morenas contra el rojo ladrillo de la azotea.

“Podría haberle dicho entonces. Después de ponerme el vestido, de recoger las bragas y los tacos. Arrepentirme antes de huir por la puerta de la azotea, antes de bajar el primer escalón.

“Salir nuevamente hacia él, apoyado todavía contra la reja blanca, en el aire aguachento y gris”.

“Y decirle que no importaba mi nombre pero que eso tampoco importaba porque yo ya estaba clasificada, vigilada, presa tras uno de los dos lados de la reja”.

“Decirle que esa mañana me empujé más allá de mi asco por tener que tocar su pene y su esperma”.

“Que me atreví a mirar mi propio cuerpo, rogando adentro por aceptarme: una mujer cayendo al orgasmo desde la yema de un dedo, del asco al placer”.

“Decirte que entonces yo era anoréxica, y que me perdonaras porque pasaría mucho tiempo hasta que pudiera decírtelo como lo hago ahora. Cuando ni sé que habrá sido de vos”.

## DUARTE

Sosa o alguno de los suyos – aunque para Duarte cualquiera que venga a por él tendrá la cara de Sosa- irrumpen a las zancadas en el pasillo revoleando la pistola en la mano derecha, y pasa de largo frente a los departamentos “A” y “B”, que no le importan porque va derecho al del fondo. Duarte se paraliza en la puerta al verlo correr los treinta metros de baldositas ocre levantando el arma y a Duarte lo alcanza todo el miedo de golpe. Entonces Sosa le deshace el pecho y el estómago de dos balazos, y Duarte se muere preguntándose si hubiera sido una estupidez escapar por las terrazas.

Esta es la peor de las versiones de su propia muerte que concibe Duarte, y a la vez la menos probable: Sosa le anda muy cerca esta vez, pero no sabe en cual de los tres departamentos buscarlo.

Duarte atranca su puerta y abre la hoja de vidrio para ver todo el pasillo hasta la calle. Después se pone a empaquetar sus pocas cosas y las va llevando al patiecito. Frente al espejo del botiquín se mira el miedo en la cara. Un baba lenta y pegajosa que se arrastra por su garganta y baja por los brazos hormigueándole en las manos.

*Sosa vigila la calle antes de entrar al pasillo. Sabe que si llama en cualquiera de los tres departamentos puede atender Duarte y ganarle de mano, y eso lo hace más precavido. Vuelve a salir y espera en la esquina, fumando y esbozando planes.*

Esta versión es más real –concluye Duarte. Le da a él la ventaja de salir hasta la calle mientras el pasillo esté desierto y espiar toda la cuadra sin ser visto. Abre el botiquín, saca la 38 corta y las balas, y llena el cargador. Después baja la tapa del

inodoro y se sienta. Ya ha terminado de acortar las horas sacando los bultos y las dos valijas al patiecito y fuma más tranquilo, pensando en la extraña forma que tiene el miedo de diluirse con el paso del tiempo.

Devuelve la 38 al botiquín y sale a tomar unos mates en el patio vigilando el pasillo. Es la siesta del domingo y una radio cercana transmite el segundo tiempo de Newells-Defensores. El Vasco — piensa Duarte— debe estar en la cancha.

*Sosa se cansa de esperar en la esquina y se mete al pasillo cautelosamente. Duarte lo ve desde el fondo, deja el mate y toma el 38.*

*Cuando Sosa ha pasado la puerta del departamento “B” Duarte abre la puerta y por fin quedan frente a frente, paralizados.*

Esta versión queda inconclusa en la cabeza de Duarte. En ella los dos ven en la cara del otro su propio miedo a morir. Las baldositas ocre, el cielo recortado arriba por las paredes del pasillo y la placidez de la siesta del domingo son apenas el escenario en el que ambos levantarán sus armas y dejarán que pase lo que tenga que pasar.

Ya hace rato que terminó el partido y la radio está pasando unos tangos de Floreal Ruiz. Duarte vuelca la yerba deslavada en una maceta, y es ahí que oye el gasolero parando en la calle y después los pasos. Antes de correr al botiquín mira el pasillo: es el Vasco.

—¿Listo para rajar, Duarte?— pregunta el Vasco— Mirá que te llevo volando y me vuelvo al boliche a festejar con los muchachos ¿ O no sabés que ganó Ñuls?

¿ Y cómo no?— miente Duarte sonriendo— Si estuve escuchando por radio...

Señala los paquetes y cargan los cuatro primeros. Duarte se detiene un momento antes de llegar a la calle y mira, puteán-



dose por haber dejado el 38 en el botiquín. Pero no hay nadie en la esquina ni en toda la cuadra. Duarte se ríe de sus precauciones mientras el Vasco y él cargan los paquetes en la camioneta y bromean sobre fútbol.

Vuelven por el pasillo. A medio camino el del departamento “B” abre la puerta y pregunta si necesitan ayuda.

Antes de que Duarte agradezca negando el tipo, burlón, agrega— de parte de Sosa.

Su brazo izquierdo cuelga sosteniendo una 38 corta.

Duarte corre confusamente hacia el fondo del pasillo, sabiendo que al primer disparo el Vasco ha quedado desparrramado frente a la puerta del “B”.

Sortea los paquetes, las macetas y las puertas hasta el baño sintiendo cómo el espanto, amontonado de golpe en el escaso tiempo que le queda, lo ha convertido en algo grotesco y desmañado que solo quiere huir.

El botiquín está abierto, vacío. Duarte se sienta sobre la tapa del inodoro y cuenta los pasos allá afuera, apretándose el estómago con las manos hormigueadas por el miedo.

## VACACIONES

Me dijo que hacía años que armaba los motores de cuatro cilindros en la G.M. Estaba parado a mis espaldas entre el revoltijo grasiento del taller. Pensé que alardeaba al verme renegar con la bomba de nafta de un Opel.

Pero después vi su pelo canoso y el cuello oblicuo hacia el piso manchado de aceite, como si buscara ahí una respuesta que de todas formas no esperaba encontrar.

Se sinceró de golpe, con vergüenza:

—El 30 de diciembre me rajaron de la fábrica; me mandaron el telegrama de despido.

Nada nuevo. Dejé la bomba sobre el banco y comenté:

—Lo habrán indemnizado...

—¡Eso sí!— se apresuró a contestar, como si rindiera cuentas.

Peleó interiormente por convencerse de que ahí estaba la respuesta, que con la indemnización la empresa premiaba sus últimos veinte años y su derecho a descansar sin volver a preocuparse por los blocks de cuatro cilindros.

Supe que había perdido la pelea cuando se encogió de hombros fingiendo ante sí mismo que, al fin y al cabo, la cosa no era tan importante.

Inspeccionó la bomba y me explicó sin arrogancia que el repuesto era de un modelo anterior, pero que serviría si acortaba el perno con una piedra esmeril.

—Sáquele entre cinco y seis milímetros. No mucho más ni menos. Va a andar.

—Gracias por el consejo. El auto es de un turista, y al tipo no le gustaría quedarse a pie por más de un día.

Asintió; él mismo era un turista en vacaciones.

Un par de temporadas antes me había dicho que venía todos los veranos con su mujer y su hijo. Alquilaban la misma cabaña en el borde del bosque, iban a la playa a las nueve, y él volvía al mediodía

solo, escapado del sol y del bochinche de los turistas.

Ya el primer año descubrió mi taller. Merodeó un par de veces con las manos en los bolsillos, se fue y reapareció con su auto. Dijo que consumía mucho. Revisé el carburador y el encendido. Estaba todo en orden.

El asintió sin darle importancia, y habló un poco de las ventajas y desventajas de los autos modernos. En realidad le interesaban más la fosa, mi banco de herramientas y el piso de tierra grasienta.

Esa vez me dijo que se llamaba Gerardo. Señaló su cabaña y se fue dándome la mano, casi orgulloso de que ambos tuviéramos las manos mugrosas de grasa y nafta.

Desde entonces, no dejó de venir varias veces por temporada. Si me veía muy ocupado se iba inventando alguna excusa y volvía al día siguiente.

El último verano le dio por quedarse. Miraba por la ventana trasera del taller, sin interrumpirme. Yo veía sus puños contenidos dentro de los bolsillos y como apretaba y aflojaba las mandíbulas continuamente, con la boca cerrada. Eso empezó después de que me contara lo del despido.

Un sábado no abrí el taller y fuimos con Alicia y los chicos al mar. Antes de traspasar la duna reconocí el auto de él estacionado ahí.

Una tropa de veraneantes venía por la playa, sacando fotos y señalando hacia las olas.

A treinta metros de la costa aparecía y desaparecía el cuerpo oscuro, enorme, de un elefante marino.

Un guardavidas explicó que el animal buscaba descanso. Le habían avisado que venía nadando desde muy lejos, buscando el Sur, y necesitaba un lugar solitario en que echarse sobre la arena y calentarse al sol antes de seguir viaje.

Pero la multitud lo ahuyentaba y finalmente su lomo oscuro dejó de verse. Los turistas pegaron la vuelta contrariados. Varios de ellos instruían a sus niños acerca de la ecología y cosas relacionadas.

Entonces lo vi de lejos. Estaba sentado bajo la sombrilla, a espal-

das de una mujer que supuse era su esposa. La mujer fumaba vigilando como un muchachón intentaba, ola tras ola, ponerse de pie sobre una tabla de windsurf. Tenía unos anteojos de sol exagerados, y la crema bronceadora brillaba en todo su cuerpo.

Era gorda, enorme. Decidí mirarlos de reojo.

Él frotaba sus manos con arena. Miré mis propias uñas ennegrecidas y recogí un puñado de arena seca para fregarme. No era mala idea para quitarse la mugre y concentrar la mirada en algo que no fuera la gigantesca gordura de ella.

Cuando levanté la vista Gerardo venía hacia nosotros. Me dio la mano y le presenté a Ana. Después le señalé a mis hijos, que reñían divertidos en el agua.

Por sobre el hombro de Gerardo vi como la gorda nos vigilaba. El hijo acababa de salir del mar con su tabla. Era pesado, anchísimo.

Hablamos algo sobre el buen tiempo y sobre el elefante de mar. Me di cuenta que Gerardo se afanaba en tapar con su cuerpo la vista de su señora y de su hijo.

Parecía incómodo. Llamé a los chicos y nos despedimos. Ana, seguramente, no sabía que aquello aposentado bajo la sombrilla era la esposa de Gerardo. De no haber sido así, hubiera hecho algún comentario acerca de su gordura.

Comimos bajo el toldo de una hamburguería y regresamos a casa por la misma calle. El auto de él ya no estaba. Se habría vuelto a casa solo, ya que la mujer seguía tostándose cerca de la sombrilla, con la reposera girada hacia el sol.

Al atardecer lo encontré en la cuadra céntrica del pueblo, sentado a la mesa de un bar; me hizo señas para que lo acompañara. Estaba locuaz, distendido contra el respaldo de la silla. Hacía girar sobre la mesa un vaso de whisky a medias.

A esa hora de la tarde los turistas iban y venían comprando lo necesario para la cena. Las dos cuadras de pavimento era un hormiguero de matrimonios, niños, jubilados y vendedores de artesanías.

Pedí una cerveza y hablamos un rato acerca de la bomba de nafta

de los Opel. Después la charla derivó hacia el elefante marino y la estupidez con que los veraneantes lo ahuyentaban, tomando decenas de fotos de su lomo oscuro, apenas visible entre las olas.

—Son las cámaras digitales—dijo—Sacan fotos sin ton ni son, prometiéndose clasificar las mejores. Después vuelven a casa, descargan las fotos en su computadora y punto. Ahí quedan, amontonadas, y seguramente no las mirarán más en toda su vida.

Miramos por un rato el ir y venir de personas, autos y cuadríciclos perseguidos por los perros callejeros. Él, ahora ensimismado, empezó el segundo whisky. Sus uñas lucían limpias. De pronto saludó con la mano a alguien a lo lejos.

Eran ella y su hijo pasando por la vereda de enfrente, de compras. Ella tenía puesto un pareo inmenso que tapaba todo lo imposible de disimular. El hijo caminaba apenas retrasado. Tenía un mediano tatuaje a dos colores en el brazo.

Pensé que en semejante brazo podían caber todas las costas y los surfistas de este lado del país.

—Es... gorda. Gordísima ¿no?—dijo Gerardo, aunque en realidad no necesitaba una confirmación por mi parte. Ni siquiera estaba mirándome, y aproveché eso para no contestar.

—¿Sabe una cosa?— y ahora si me miraba directamente— el pibe es hijo de ella, no mío. La conocí hace unos años. Yo tengo dos hijos con mi esposa. Pero en aquel tiempo ella era un hembrón. Liquidaba los sueldos en la G.M. y me enganché sin remedio. Ella ya estaba divorciada.

Me pregunté qué hacía que Gerardo tuviera esos arranques explicatorios conmigo. Él calló un rato preguntándole algo a algún lugar sobre los techos y el bosque.

Dio un palmazo sobre la mesa, atento a su propio gesto, aceptando lo que no tiene vuelta atrás. Estaba anocheciendo. Los perros ya no corrían tras los autos y dormitaban en la vereda del bar.

¡Pero bien! — dijo, golpeando más firmemente la mesa— hagamos una cosa; venga con su familia a cenar con nosotros esta misma

noche. Yo arreglo todo ¿qué le parece?

Estaba entusiasmado. No quise decirle que no, o no pude.

Llamó al mozo, pagó todo y me palmeó el hombro.

—Los esperamos—dijo. Cruzó la calle y se metió tras su mujer en el autoservicio.

Alicia asintió encantada. Vistió a Lucas y a Cinthia de punta en blanco y caminamos hasta la cabaña de ellos. Lloviznaba, aplacando la arena de la calle.

En el porche de la cabaña colgaban varias de esas artesanías que el viento sacude haciéndolos tintinear. Alicia me explicó que les decían llamadores de ángeles. Hacían juego con tres figuritas de cal pintadas en colores y dispuestas sobre el césped de entrada. Dos de ellas eran de corderitos blancos, y la otra de un gnomo.

También había una pancarta tendida entre los postes de entrada que decía “¡Bienvenidos a nuestro corazón!”

Adentro se escuchaban varias voces. Reconocí la de Gerardo entre las demás.

Toqué el timbre, esperamos y por fin, en un intervalo entre las voces, ella abrió.

Había cambiado por un pareo negro pero seguía luciendo enorme, ocupando la mitad de la puerta y sonriéndonos con los gruesos brazos alzados hacia nosotros como si recibiera a ángeles que acudían al llamado. Por sobre su hombro izquierdo apareció la cara de Gerardo.

—Alicia, mi señora— dije, apartando la cara hacia mi familia.

—¡Bienvenidos! —dijo ella, y extendió los brazos hacia Alicia revoleando una ristra de pulseras brillantes que tintineaban en sus muñecas.

Alicia aprovechó el momento en que la gorda me besaba para componer las ropas de Lucas y Cinthia. De reojo supuse que me estaba maldiciendo por no haberle avisado que la esposa de mi amigo era así.

Entramos. Había otro matrimonio con su hijo. Estaban

repantigados frente al televisor pero nos miraban amablemente.

Nos reconocimos con el tipo; era el del Opel y la bomba de nafta averiada. Lo primero que dijo al verme fue—¡Bien, ahora sí que estamos todos!

Se llamaba Jorge. Tenía la mirada y la lengua afiladas, prontas. Su esposa corría tras el niño todo el tiempo como si el niño estuviera adentrándose en un campo minado. Nos dio la mano a las corridas y siguió corriendo.

La gorda aclaró que Lito había ido a la disco de la playa vecina.

Entendí que Lito, pese a su diminutivo, era el corpulento hijo de la gorda. Ella llevó a Alicia a conocer la planta alta y yo salí al patio trasero en donde Gerardo vigilaba el asado. La llovizna había parado. Me pidió que lo suplantara un rato y entró a la casa.

Colgados de dos pinos del patio había sendos carteles tallados en rodajas de tronco. Uno decía “Acéptate a ti mismo y a los otros tal como son”. El otro: “Déjalo ser”.

—John Lennon— pensé. Di vuelta sobre la parrilla las tiras de carne y los chorizos. Entonces apareció Jorge el afilado con dos vasos de vino. Me dio uno, levantó el suyo hacia los carteles y dijo— ¡Salud, en nombre a la pelotudez de la autosanación!

Debo haber puesto cara de asombro. El afilado me preguntó si yo conocía bien a Gerardo. Le dije que más o menos.

—Bueno— empezó después de medirme sorbiendo un trago de vino—Gerardo es mi amigo desde siempre. Excelente tipo. Por lo que sea, se enganchó con esta gorda y dejó a su familia. Creo que se arrepintió justo cuando perdió el trabajo, y se guardó el arrepentimiento en el culo. La gorda —que antes no era tan gorda, digamos la verdad- tenía tanta plata que él se aferró a ella por miedo a la pobreza.

El afilado me contaba cosas que yo ignoraba pero que me sonaban comunes.

Despejé las brasas bajo la parrilla. El asado estaba listo para servir y adentro Lucas, Cinthia y el hijo del afilado alborotaban

corriéndose por el campo minado.

El afilado terminó su vaso y dijo:

—Vamos adentro, te ayudo con las bandejas. Creo que no hay nada que hacer con Gerardo. Está atrancado entre dos puntas jodidas. De una no se puede soltar, a la otra no puede volver. Qué le vamos a hacer.

Entramos con las bandejas de carne. La gorda atiborraba la mesa con ensaladas y proclamaba las ventajas del vegetarianismo, revolviendo sus gruesas pulseras y las mangas del pareo por encima de nuestras cabezas.

Comimos y bebimos hablando del guardavidas, el clima, el elefante marino y la ecología. Cuando empezamos a mirar por las ventanas como volvía a lloviznar, la gorda, Alicia y la esposa del afilado levantaron la vajilla y trajeron una palangana con ensalada de frutas. Los niños dormían frente a los dibujos animados del televisor.

—Bueno— proclamó la gorda de pié— estamos pasando una hermosa noche rodeados de amigos. Que es como decir rodeados por nuestros propios espíritus.

Alicia sonrió y me miró. La esposa del afilado se levantó a comprobar si los niños estaban bien. Gerardo prestaba atención a su mujer con las manos enlazadas bajo el mentón. Nadie habló.

—Ésta—dijo proféticamente la gorda— ésta es la bienaventuranza del amor. Lo que nos une, nos da la vida ¿o no, queridos?

Al menos yo no tuve qué decir. Gerardo había bajado la frente a sus manos enlazadas, y el afilado esperaba lo que seguía repantigado en el respaldo. Alicia terminaba de lavar los platos en la cocina.

—Quiero preguntarles, queridos—reanudó la gorda— qué entiende cada uno de ustedes por amor. Es importante.

Paseó la mirada por todos nosotros. Nadie habló.

El afilado levantó la mano, recostado contra la silla. La gorda preguntó—¿Sí, Jorge? ¿Qué quieres decirnos?

Jorge le clavó los ojos, abrió las palmas abarcando la mesa y dijo:



— Querida Martita —ahí supe que ella se llamaba Marta— Querida Martita, en este momento el amor se reduce a habernos comido tres kilos de asado con cinco botellas de vino. Calculo que mañana el amor se habrá convertido en acidez de estómago y resaca.

¡Áy, este Jorge, siempre tan escéptico! —repuso Martita— Pero no podrás negar que el amor también es esto, nuestros niños durmiendo en el sillón, confiados en la bondad de la vida que solo nosotros podemos transmitirle.

Alicia me señaló unos duendecillos de peluche alineados en una estantería detrás de la gorda. Me explicó en voz baja que eran elfos, algo así como geniecillos benefactores del hogar.

Yo asentí, pero seguía atento a lo que pasaba entre la gorda y Jorge. El afilado respondió que de todas maneras la resaca estaría allí mañana. Se volvió hacia Gerardo y le preguntó: ¿Vos que opinás, Gerardo?

Gerardo se encogió de hombros y nos preguntó si queríamos tomar un café, o algo.

El afilado, sonriendo, exclamó— ¡Ése es mi amigo Gerardo! ¡Cómo lo envidio! Uno de los pocos hombres que saben que sus silencios dicen todo.

La gorda estalló, señalando a Jorge — ¡Y vos tendrías que aprender de Gerardo a callarte la boca a tiempo!

La esposa del afilado se levantó tratando de calmar a Martita.

Entonces el afilado alzó su rostro, pensó un momento y soltó un eructo cavernoso, larguísimo, hacia el techo.

Lo primero que recordé el día siguiente al despertarme fue la cara de Gerardo despidiéndonos desde el cercado de su cabaña. Era domingo, temprano, y la calle arenosa seguía moteada por la llovizna de la noche anterior.

Alicia y los chicos seguirían durmiendo bastante más.

Salí a caminar. Pasé la primera duna y tiré hacia el Sur con el viento empujando a mis espaldas. La playa estaba desierta.

A un par de kilómetros vi la enorme mancha gris oscura del

elefante marino atravesada en la playa. Algo de color más claro estaba recostado contra ella.

Era Gerardo. Dormía arropado en su camperón impermeable, con la espalda apoyada en el elefante.

Me senté en la arena unos metros antes, observando por primera vez en mi vida a un oscuro elefante marino adormilado sobre la playa con un hombre durmiendo contra él.

El elefante era monstruosamente gordo y largo, con unas aletas como piernas ridículamente pequeñas para su cuerpo.

Gerardo dormía contra su flanco redondo, manchado de placas blanquecinas. A su lado había un balde plástico y un cepillo de paja.

El elefante no tenía cuello. Su cabeza era una continuidad menor de las arrugas anilladas y costrosas que la conectaban al cuerpo.

Gerardo se reacomodó hacia el lado del mar. Ahora yo no podía ver su cara, pero sí sus brazos y piernas encogidas cobijándose contra el animal.

La nariz del elefante colgaba grotescamente larga. Tenía una inmundada carnosidad delante de sus ojos, sobre la nariz. Respiraba lentamente levantado arena con su hocico clavado en ella.

Gerardo volvió a girar, ahora hacia mí. Tanteó el balde con su mano derecha y volvió a acurrucarse de espaldas a la brisa marina.

El elefante entreabrió los ojos y me miró inofensivamente.

Gerardo se despertó y me miró sin hablar. Tomó el balde, caminó hasta las olas y lo llenó. Volvió hasta el elefante y empezó a cepillarlo con agua de mar, quitándole de a poco las costras blanquecinas del lomo.

Me levanté, volví a llenar el balde con agua salada y se lo alcancé a Gerardo. El cuero del animal, poco a poco, empezó a relucir.

Estuvimos en eso sin hablar hasta que los cuatro metros de elefante marino tenían un gris más limpio y brillante que el del cielo. Nuestras uñas y dedos lucían ahora limpias, blanquecinas, ablandadas por la arena y el agua. Reímos al darnos cuenta de eso, sin saber por qué reíamos y sin que importara.

El elefante marino se puso en marcha. Giró lenta y decididamente hacia el mar, se metió en el agua y desapareció de a poco rumbo al Sur.

— Península de Valdés— dijo Gerardo— El guardavidas dijo que vuelve a la Península de Valdés, su lugar. Más de mil kilómetros.

Me pareció un regreso imposible. Gerardo aun sostenía el cepillo cuando se dio vuelta hacia la playa y empezamos a desandar hacia el pueblo.

## LAS DEUDAS

¿Quién fue Marguerite? ¿Acaso una madre sin hijos? Casi.

¿Una escritora famosa? Dijo "Yo soy una escritora, no vale la pena decir nada más". Una mujer. La crudeza escrita de lo que podemos ser.



Crucifixión en un bar con mesas en la vereda:

— Papá, para decírtelo de una sola vez: estoy enojada con vos. Desde hace mucho. Te fuíste de mamá y de casa. Problemas de ustedes dos.

Pero yo soy tu hija, y me dejaste. Y estoy enojada.



Silencio:

Y los autos por el bulevar, un sábado a las diez de la mañana.



Resignación:

(No tengo nada que pueda decirte ahora. Quizás nunca. Es inútil luchar contra lo que se siente)



Reclamo:

— ¡Papá, siempre igual! Te quedás callado, y no sé lo que pensás. ¿Escuchaste?

— Si, si. Estoy acá, y no tengo nada que pueda decirte ahora. Salvo que te quiero. No por comprarte, hija. Es lo que siento.



Parte de la crucifixión:

— Para vos es muy fácil, es siempre fácil diciendo, no estando (parte de la crucifixión).

Los autos se detienen y arrancan y vuelven a detenerse en el semáforo siguiente. Ganas de fumar con el café en la vereda soleada a través de los fresnos.



Distracción:

¿Dónde leí o escuché que los padres aman siempre a sus hijos, pero los hijos no siempre a sus padres?

El mozo pregunta si algo más.

—¿Hay jugo de naranjas? Pero exprimido.

—¿El señor?

—¿Puede ser un cenicero?



Mi hija:

Nadando veinticuatro horas por semana. La proa de sus hombros masculinos, las antiparras; veinticinco, cincuenta, cien, y otra y cien veces más de punta a punta de la aguamarina clorada.



Hoy:

—¿Me cobra, por favor?

Los autos: más rápidos que las lentejuelas del sol a través de los fresnos. Sube y abre la ventanilla.

—¿Tenés que fumar en el auto papi?

Papi. Arrojo el cigarrillo afuera —¿Cómo anda mamá?

Antes de bajarse me frota la nuca. La casa está igual que hace doce años. Rodea el auto y me besa a través de la ventanilla.

—Chau, papi.

¿Quién era Marguerite? ¿La sinceridad última? ¿Existe?

## DESRECUERDOS

No tengo mucho que decir sobre los finales. Salvo que uno puede entreverlos escritos de antemano bajo el entusiasmo inicial de todo principio.

### **Nosotros y ellos**

Hoy recuerdo la cara de Delfina a duras penas. Y la espesa línea de sus pestañas cuando las apretaba.

No me quedaron fotos de ella. Puede que en algún lado tenga unos negativos que no pienso buscar. Demasiada nostalgia para nada

### **Insert coin**

— Tenés ojos insert coin.

— ¿Tengo qué?

— Insert coin, ese cartelito de las tragamonedas para las monedas o las fichas.

Delfina tenía las pestañas tan largas que al cerrar los ojos eran dos ranuras firmes, espesas.

— Sos un imbécil —respondía.

Durante los seis meses que estuvimos juntos, nunca me llamó por mi nombre. Solo me decía imbécil o cosas por el estilo, por si acaso no se le escapara mi nombre delante de su novio oficial.

— Decime Fredi.

— No... imbécil.

### **Nosotros y ellos**

No buscaré los negativos de Delfina. Enciendo el velador, me levanto y pongo el disco de Pink.

*Us and them* en el lado oscuro de la luna; la única luz que entraba al dormitorio era de la lámpara desnuda de la cocina.

— Escuchá este tema —le dije— O mejor bailemos; pero escuchálo.

Entramos y salimos de la oblicua claridad que la lámpara tendía sobre el piso del dormitorio.

Ella era, es, tan pequeña, y además estaba descalza, que para

sentir su pelo y su olor en mi cara, la subí sobre mis zapatillas. Nunca habíamos bailado, nunca más bailamos después.

Tres veces la misma canción, sin entender lo que decía la letra, esperando cada una de las veces que entrara el saxo.

### **Insert coin**

Cuando hacíamos el amor, yo sabía cuando Delfina tenía un orgasmo. Sonreía y cerraba los ojos insert coin. Pero igual yo quería saber y se lo preguntaba.

—¿Tanto te interesa saber si tuve un orgasmo? Creo que sí; cierro los ojos y siento que eso debe ser acabarme... imbécil machista.

Después reía, me besaba y corría al bidet. Tenía espaldas de niña y pelo de mujer. Jamás volvía de la ducha sin su body ajustadísimo.

### **Nosotros y ellos**

No nos besamos bailando. A mí me bastaba el olor de su pelo y saber que después tendríamos sexo. Nunca supe qué buscaba ella además de estar juntos y disfrutarlos.

Esa noche no hicimos el amor. Antes de dormirnos le pregunté si estaba feliz.

Ella susurró— Si.

No sé si a ella o a mí, pero por primera vez en mi vida dije—es un pedazo de felicidad, agarrálo fuerte mientras dura.

### **En el metro**

Nos cruzamos varios años después en una estación del metro. Hablamos de lo que unía nuestros pasados. Ella me sonrió y me hizo sonreír. Dijo:

—Demasiado pensantes los dos. Yo esquivando mi anorexia y vos el alcohol.

—Si, así fuimos. Desconfiados del amor. Pero yo vigilaba que comieras, y vos que yo no bebiera. Y eso era por lo menos cariño.

Me miró a los ojos. Eramos, mutuamente, un cálido recuerdo.

### **Insert coin**

Delfina era una nena, con los ojos así cerrados y las pestañas largas y oscuras. Sentía ganas de decirle que la quería. Pero nunca nos

lo dijimos. Ni yo ni ella.

A poco de conocernos le pregunté que ocurriría si, además de encamarnos y pasarla bien uno junto al otro, nos enamorábamos.

— Explicáme qué es el amor, y te contesto —respondió.

### **Verano**

Para fin de año inventamos cualquier cosa y nos fuimos a la costa.

Eran ochocientos kilómetros de llanura y sembradíos salpicados de cuando en cuando por caseríos, pueblos y gasolineras.

Cuando el sol empezó a cegarme desde el parabrisas paré a orinar en el costado del camino, volví al auto y me puse a fumar mirándola.

Dormía acurrucada en su asiento, con el paquete de cigarrillos en la mano. Parecía una nena con los ojos así cerrados y las pestañas largas y apretadas. Sentí ganas de despertarla y decirle que la quería.

Pero nunca nos lo dijimos, ni yo ni ella. Yo aun no podía explicarle a ella ni a mí qué era el amor. Puse en marcha el auto y arranqué. Ella se acomodó en el asiento hacia mí, dejó el paquete de cigarrillos y apoyó su mano sobre mi bragueta durmiéndose de nuevo.

Durante algunos kilómetros razoné en lo incierto que es hablar de amor entre un hombre y una mujer que, antes que nada, se desean.

Y que ambos, Delfina y yo, nos aferrábamos al deseo para encontrar en él algo más que no nos atrevíamos a vivir.

### **En el metro**

—Veinte y nueve veces.

— ¿Veinte y nueve veces qué?

— Veinte y nueve veces hicimos el amor. Las conté ¿Vos?

—No. Pero nunca discutimos, salvo la última vez antes de que te fueras.

—Si. Está bien—responde ella, sosteniéndome la mirada.

—Lo mejor que hiciste fue decirme adiós, lo mejor que hice fue



besarte por última vez y despuésirme.

—¿Tan seguro?

—Vos veintiocho, yo cuarenta. Ahora, tantos años después, es claro que no debía ser.

### **Verano**

En la primera estación de servicio de la costa compré chokolatadas y profilácticos.

Llegamos a la casa a media mañana. Las dunas ocultaban la playa y el mar, pero el mar estaba ahí atrás, se podía oler y escuchar.

Abrimos las ventanas, las puertas y la heladera. Fui al supermercado y volví cuando ella estaba tendiendo la ropa de cama recién lavada en los alambres del jardín.

Almorzamos en silencio con una botella de cabernet y la claridad del verano entrando por las ventanas.

Encendí el calefón y nos bañamos por separado. Después hicimos el amor sobre el colchón desnudo. Terminamos mirándonos a los ojos, preguntándonos sin hablar. Satisfechos con ese pedazo de felicidad.

Esa noche paseamos por el pueblo. Nos detuvimos en un kiosco a comprar cigarrillos. Por alguna razón tuve que explicarle al vendedor que Delfina era mi mujer y no mi hija. El tipo llamó a su esposa. Era mucho más joven que él. Ambos se enternecieron y nos desearon la mejor de las suertes. La mujer besó a Delfina mientras yo pensaba que al menos ellos tenían una casa y un negocio juntos.

Cenamos en un restaurant en la playa. Se veía el brillo de las olas nocturnas. Delfina tenía unas pestañas espesas, larguísimas. Yo adoraba verlas apretadas esperando el orgasmo. Dejamos la cena a medio terminar y volvimos a la casa.

Durante los días siguientes nos cocinamos uno al otro por turnos. Por las noches hicimos el amor suave y tiernamente Terminábamos aferrados con los ojos prietos, refugiados uno contra el otro como huyendo de cualquier futuro que nos incluyera juntos.

La noche de fin de año hablamos por teléfono con nuestras fami-

lias y amigos. Los dos evadimos decir dónde o con quién estábamos.

Hicimos el amor una vez más y nos dormimos mirando el techo, sin abrazarnos.

En el viaje de vuelta comimos algo en el camping de un parador, en medio de los campos sembrados y silenciosos. La costa había quedado atrás, lejos, y recorrimos la otra mitad del camino casi sin hablar.

### **En el metro**

—Vos veintiocho, yo cuarenta. Ahora, tanto después, es claro que no debía ser.

Ella apoya su mano sobre la mía.

—Me muero por decirte hasta nunca y besarte. Solo un beso en los labios, como la primera vez. Chau.

No me besa. Baja taconeando las escaleras del metro. Dobla y desaparece.

### **Nosotros y ellos**

Ella era tan pequeña, y además estaba descalza, que para sentir su pelo y su olor en la cara, la subí sobre mis zapatillas. No buscaré los negativos de Delfina. Pongo el disco de Pink por última vez y apago el velador.

### **Desrecuerdos**

No hay mucho para escribir sobre los finales. Y menos cuando el principio ya los anticipa.

Dos días después de volver de la costa me llamó. Yo aun me aferraba a algo de ella, pero me alivió que me llamara primero.

Me citó al mismo bar en que nos habíamos seducido para decirme que no tenía sentido seguir. En la misma mesa.

Apartando los pocillos de café me tomó las manos. Seguía mirándome con la misma firmeza de siempre. Extrañé sus pestañas oscuras esperando algo más allá de esa breve interrupción del tiempo que es el orgasmo.

Yo sabía de otras veces esas suavidades compasivas, finales, y callé esperando el final que, como siempre, había sido escrito en su

principio.

Dijo que se iba en carpa a las costas del río Uruguay.

—¿Te casás con Facundo?

—Voy con él. No se si me caso, pero voy con él.

Callé de nuevo, esperando que la cantidad de silencio se le hiciera insoportable.

Sin soltarme las manos, redobló una explicación que yo no necesitaba:

—¿Sabés? Ni loca volvería a meterme en una cama con vos.

No había para mí nada por lo que luchar. Sostener una esperanza de amor luchando por él es un espejismo. Una resignación a comer migajas.

Pagué y salimos a la calle. Le pregunté si podía besarla como antes, por última vez.

Me respondió poniéndose de puntillas para alcanzar mi boca y empujar mi nuca hacia ella. Fue la última vez que disfruté de su lengua rozando la mía.

Un año después pasé por la esquina de su casa. Lavaba un autito nuevo en la vereda, mientras vigilaba a un crío que jugaba en el umbral. Pensé “Su hijo. Al fin se casó con su novio oficial”.

Creo que ella nunca volvió a verme desde la despedida. Salvo en la estación del metro, muchos años después.

Esto es lo puedo decir sobre los finales. El disco de Pink acaba de terminar. Apago la luz del velador. La única claridad que entra es a través de las rendijas de la persiana.

Un hombre no debería llorar más de una vez por lo mismo.

## FERRIOL

—Los designios del Supremo son inescrutables— declama el comisario Ferriol mientras lee el pizarrón colgado en la puerta del Sportivo Cremería. Ferriol debe sus ímpetus retóricos a la preocupante desprolijidad de sus lecturas. Escrito con tiza gruesa el cartel dice:

**HOY - 19 HORAS - POLIDEPORTIVO CREMERÍA  
FINAL DE LA LIGA REGIONAL DE FÚTBOL  
“CREMERÍA CARCARAÑÁ VS. DEFENSORES DE  
CORREA”.**

**¡CONCURRA A ALENTAR A LOS NUESTROS!**

Manolo, mozo de bar en Club Cremería, ya está acostumbrado a la extravagante oratoria del comisario; se encoge de hombros y sigue acomodando mantelitos sobre las mesas, pero Ferriol lo interrumpe:

—Ché Manolo, juega Menseguéz?

— ¿Y cómo? Es nuestro atleta máximo, cerebro y piernas nacidas para el gol.

Ferriol se resigna a los designios del Supremo. El Cuisón Gutiérrez, presidente del Club Cremería Carcarañá, llega y lo ve ahí parado, como rezando en silencio.

— ¿Qué le pasa, Comisario? Venga que le invito un vermú— Ferriol se deja arrear hasta una mesa. Parece vencido.

—En estos pueblos chicos hay menos almas que chimentos, comisario. Ya sé que hoy madrugó por el asunto del ahorcado. Cuénteme, Ferriol.

—Y sí, tuve que madrugar. A las seis de la mañana me despierta por teléfono mi colega Araújo, el comisario de Correa. Me dice que le dicen que hay un ahorcado colgando del puente ferroviario sobre el río y que, como me queda más cerca, si podría ir a anoticiarme. “Anoticiarme” dijo el muy pícaro; correntino tenía que ser.

Ahí nomás lo llamé al cabo Menseguéz, que anoche se había llevado el patrullero a su casa. Fuimos hasta el puente. El occiso en

cuestión colgaba del barandal. Me preocupó: estaba demasiado cerca de la barranca del lado de acá ¿me explico? invadiendo mi jurisdicción, que justamente termina en la mitad del río, y de allí empieza la jurisdicción de Correa, de Araújo. Todavía tengo los reflejos rápidos. Vislumbré lo que se venía: llamar al juez feriante, esperar al forense, hacer venir la ambulancia, pedir prontuario, etcétera, etcétera. Los tiempos no daban ¿entiende?

El Cuisón Gutiérrez iba por el segundo vaso y entendía a medias. Ferriol se animó con un sorbito de su vermú:

—Seré franco, Gutiérrez. Calculé que me perdía la final contra Defensores de Correa y tomé cartas en el asunto; con Menseguéz desatamos la cuerda y trasladamos al ahorcado hasta colgarlo al otro lado del puente. Verbigracia, a la jurisdicción del correntino Araújo.

Le ordené a Menseguéz que montara guardia entre unos arbolitos, ahí cerca de la macabra escena, ordenándole no dejar que nadie tocara al occiso. Volví con el móvil a la comisaría y llamé a Araújo. Cautamente le expliqué:

—Comisario Araújo, estuve en la escena de los hechos. No puedo tocar nada; me lo veda este absurdo tema de los límites políticos, que nos ata las manos sin siquiera haberlos trazado ni usted ni yo. Pero la realidad indica que el ahorcamiento ocurrió del lado de Correa. Del suyo.

Araújo, tras un breve silencio, me respondió —Le agradezco Ferriol, por la molestia. Ya mismo vamos. Un abrazo— Colgó. Me cebé unos mates con el alivio del deber casi cumplido. Debí haber previsto ese “casi”. Había pasado menos de una hora cuando llegó el patrullero de Correa con Araújo al volante. Sumisamente se excusó por volver a molestarme, pero dijo que a su humilde criterio, el occiso colgaba en jurisdicción de Carcarañá, la mía, y no en la de Correa, la suya.»

—Volvimos al puente. El ahorcado casi tocaba la orilla de nuestro lado. Araújo me miraba con cara de vaca que ve pasar el tren, y mostraba las palmas de las manos como resignándose a no poder

ayudarme; ¡correntino hijo'e puta, había vuelto a mudar el fiambre! Estrujé la baranda de fierro hasta descalabrarme los nudillos. Disimuladamente miré hacia el apostadero de Menseguéz. Al menos estaba bien escondido. Araújo y su comitiva se fueron levantando polvareda con el patrullero. Estoy seguro de que se reían.

Caminé hacia los arbolitos en que había dejado a Menseguéz. Llegamos juntos al lugar, cada uno por su lado. Menseguéz venía de hacer una horita de footing liviano, consciente de su responsabilidad deportiva para con el match de esta noche. Jamás vio la segunda mudanza del occiso...

Ferriol se zampó el resto del vermú. El Cuisón Gutiérrez, que ya iba por el tercero, se levantó y sin palabras le palmeó el hombro, como expresándole sus condolencias. Antes de quedar solo, Ferriol, abatido, se le sinceró otra vez:

—Sé que los designios del Supremo son inescrutables. Pero sería justicia si solo por esta única vez Él dispusiera que Cremería ganara tres a cero y que ningún gol fuera obra del cabo Menseguéz debido a una infortunada fractura de tibia, peroné, tarso y metatarso. Creo que eso sería justicia divina.

Ferriol se quedó solo, alisando las arrugas del mantelito con la mano derecha.

## GAS MOSTAZA

*Antes de dormirme he vuelto a ese esbozo de sueño en que veo a un hombre, viejo ya, que vive a doscientos pasos del mar abierto, en un vaciadero de chatarra al que se aferra por alguna razón que no termina de tomar forma en mí. Retorna la visión de los hierros oxidados a la intemperie y el rojo orín de la viruta ensuciando la palidez de la arena, mientras a ambos los va invadiendo, día tras día, la escuálida vegetación litoral.*

*El viejo está mirando la línea del horizonte entre mar y cielo, imprecisa a la hora del poniente. Cuando aún no sé si es resignación o sabiduría lo que irradia su rostro, se interrumpe como siempre mi entresueño. Es que antes de que anochezca del todo, aparece el recuerdo de Salcedo.*

Salcedo —cualquiera lo hubiera dicho de él en otras circunstancias— pasaba por fanfarrón. Creo que era su forma de esquivar el temor. Ocultos a lo largo de esa hondonada de miedo estancado, cualquier cosa que ayudara a no volvernos locos servía, y nos aferrábamos a ella como a una madre o a un paquete de cigarrillos.

A mediados de abril aparecieron las nubes verdes y rastreras del mostaza, un día en que el viento soplaba del lado de los grises hacia nosotros. Nos habían repartido una papeleta con instrucciones de cómo salvarnos de los gases. Apenas vimos la marea verdosa todos saltamos de la zanja y huímos a retaguardia, cortando transversalmente el viento.

Menos Salcedo. Había leído que atravesando el gas a contracorriente estaría menos expuesto a sufrir lesiones. Supongo —no lo vi— que se calzó la máscara, saltó de la trinchera en dirección opuesta y atravesó el gas a la carrera, con el fusil preparado.

El viento cambió de rumbo o cesó y volvimos con las máscaras puestas, como una cauta procesión funeraria. Salcedo ya estaba de vuelta en la trinchera, sentado con el casco y el fusil de un enemigo tirados cerca como botines de su incursión. Aclaró sin aspavientos que en realidad había matado a dos de los grises, y todos dimos por sentado que era verdad. Lo felicitamos a la manera en que cada uno

supo hacerlo.

No fui el único que vio el anuncio del miedo en su rostro, pero nadie hizo preguntas mientras él se descarnaba de los brazos descubiertos las quemaduras del gas mostaza.

Pasé la noche a su lado. Al principio permanecimos en silencio, disimulando nuestra reticencia de hombres con el coñac y los cigarrillos.

Me miraba fijamente desde la breve altura de su angarilla, pero lo supe consciente de la inutilidad de toda jerarquía, aún de la de los moribundos sobre los sobrevivientes. A intervalos humedecía las quemaduras de sus brazos con agua jabonosa o bien le aplicaba vaselina en los párpados. No hablamos por un largo rato, hasta que me atreví a preguntarle qué más podía hacer para aliviar sus dolores. El intuyó mi incomodidad ante la situación, esperó a que su respiración sonara menos sibilante, y dijo:

—No tengo derecho a dudar de su interés por mí. Podemos hablar intentando un consuelo, pero le ruego que en lo posible no apele al amor ni a Dios. Soy sordo a eso, no por descreimiento ni ateísmo. Simplemente porque mi entendimiento ignora de qué se tratan ambos. Quiero decir, nunca experimenté la certeza de amar a alguien, a algo o a mí mismo. Y eso es mucho peor que ignorar si uno fue amado.

Había visto mi cuaderno asomando de la mochila. Preguntó si yo acostumbraba a escribir con tan poco énfasis como el que hubiera puesto preguntándome si era aficionado a caminar o a fumar habanos. A pesar mío, su displicencia endureció mi amabilidad. Le contesté secamente que sí. Impasible, alargó sus dedos hacia el paquete de cigarrillos. Después de la primera pitada siguió:

— ¿Ama usted lo que escribe, algo de lo que ha pensado y escrito? ¿O digamos, al menos le entusiasma?

—En cierto modo —respondí. Salcedo dio otra pitada al cigarrillo y lo observó evaluando cuantas más quedaban por dar.

—Parece un buen inicio —dijo—Uno se entusiasma con algo o



alguien, y luego trepa hacia algo mas duradero o intenso. Desea, aspira. Y quizás algún día llegue a pensar que ama ignorando lo que amar quiere decir. Tal como ignoramos lo que significa la palabra Dios.

Se miró la piel de los brazos estragada por el mostaza. No parecía importarle la idea de resignación ni nuestra mutua impotencia ante su sufrimiento. Sentí que no podría sostener la dureza en mi tono, pero sí mis convicciones, y dije:

—Claro que es un buen comienzo. El optimismo genera adeptos, comulgantes alrededor de las mismas penurias. Aunque muchos desdeñen la frase, el mal de todos es el consuelo de muchos. Algo así como una religión. Quizás no salve, pero alivia el dolor.

—Puede ser —dijo Salcedo. Extendió sus dos brazos llagados— Esto duele mucho, créalo. Pero sería cínico usarlo para refutar su convicción, porque el dolor original viene de mucho antes. Al menos en quienes como yo nunca alcanzaron siquiera a vislumbrar el amor. No por una melancólica o poética negación, no. Sino por algo así como una tullidez innata, como las de los ciegos para ver o los sordos para oír.

Lo interrumpió un chillido lejano y aislado más allá de la trinchera, hacia la posición de los grises. El primer chillido contagió a otros y rápidamente creció agudo, reverberando en la oscurecida tierra de nadie. Extendí la mano para apagar el farol de kerosene, pero Salcedo me frenó:

—No, déjelo. Son las ratas. Ellas también sienten la mordedura del mostaza, y han empezado a morir dentro de sus agujeros.

Ellas no tienen mucho más que su mecanismo de supervivencia. Chillan sufriendo unos segundos y mueren, sin que se les ocurra apelar a algo como un Dios o el amor.

Giró trabajosamente su cabeza hacia la extensión oscura de la trinchera y dormitó por un rato. También yo, amodorrado, cerré los ojos.

*El viejo que mira el mar tiene la piel costrosa de sol e intemperie. De espaldas*

*a la escultura caprichosa y herrumbrada que ha acumulado por año; inmóvil, con los brazos cruzados, escruta lentamente el horizonte de un extremo al otro, aun sabiendo que allí no verá la respuesta a nada de lo que todavía le interesa. Y yo aún ignoro si es resignación o sabiduría lo que transmite su rostro.*

Aún en mi entresueño sabía que mi deber era permanecer despierto. Abrí los ojos y vi los de Salcedo mirando más arriba y atrás de mí. Extendió sus brazos para que yo los humedeciera. Después se recostó contra la angarilla, miró el cañizo de ramas, y habló de nuevo:

—Lo más cruel e incomprensible que le puede pasar a un ser humano es nacer tullido para comprender algo que parece natural en el mundo que nos rodea: aceptar y dar amor. Si intencionadamente yo hubiera renegado de dar amor, me quedaría como consuelo la culpa de haberlo recibido sin devolverlo.

Siempre me aferré al escape del escéptico, a la vanagloria de poder decir que si el optimismo capta adeptos, el pesimismo no necesita de ellos para sobrevivir. Un giro más de tuerca para refugiarme en la convicción de que si yo no lo permito, el dolor no entrará en mí.

Desde el borde de la trinchera rodó una bola diminuta; era una rata moribunda, pataleando entre los terrones hacia la luz de la candela de kerosene. Tras detenerse agitó fugazmente sus patas y sus bigotes hasta quedar inerte.

—Ilusoriamente —siguió Salcedo— uno sigue pensando que las vueltas de tuerca nunca se atascarán en un tope. Hasta advertir que resta poco tiempo para dejar de apretar o comenzar a liberar la tuerca.

Acarició el casco que había traído del frente enemigo y habló como si bajo él sobreviviera aquel a quien había matado.

—Él y yo anhelábamos no ser un número de rango más, sino individuos con el mismo derecho a la vida. Quizás él haya corrido a enrolarse animado por el optimismo de acabar con ésta guerra, íntimamente resignado a matar, en nombre de ese optimismo, a

cuantos menos pudiera. Hasta recibir mi disparo lo animó su entusiasmo por algo en lo que creía o amaba.

Me pidió un cigarrillo más, a despecho de las convulsiones que lo sacudían.

Por el borde de la trinchera clareaba sin nubes verdes ni ruido de obuses, y aun así nada prometía un día esplendoroso. Salcedo sopló la última pitada de su cigarrillo por sobre el filo de la trinchera.

—En cambio el escepticismo empuja por otros y diferentes motivos. Yo me lancé a atravesar la nube de gas mostaza y enfrentar a los grises no por una estúpida valentía, sino por una sola y reprochable razón que le confesaré: buscaba morir de una muerte de cuyo significado nadie dudaría. Buscaba morir sin que nadie se enterara de que ya estaba muerto desde mucho tiempo antes.

Calló. La opresión de la tuerca seguía, impidiendo sus lágrimas. Se durmió mirando el bulto inmóvil de la rata. Mis brazos dolían del anhelo irrealizable de estrecharlo. De a poco el cansancio superó a mi vigilia.

*Finalmente ha anochecido del todo sobre los cuatro puntos cardinales. El viejo descalzo y de piel curtida ya no tiene cruzados sus brazos ni puede interrogar a un horizonte que se ha esfumado hasta el día siguiente. Me da la espalda y vuelve sus pasos sobre la arena hacia ese montón de hierros oxidados que ha ido esculpiendo por años. Le grito que antes de irse debiera decirme si era resignación o sabiduría lo que había en su rostro, pero ya no lo escucho porque me he dormido.*

El sargento llamó a los médicos esa misma mañana. Salcedo había vomitado un litro de mocos amarillentos y nos miraba como excusándose de una debilidad. Ayudé a quitarle las ropas. La marca del reloj pulsera blanqueaba intocada en su muñeca izquierda, y sus testículos semejaban un escuerzo teñido de rojo púrpura. Todo lo que de su cuerpo había quedado expuesto al mostaza era monstruoso.

A los cinco días supimos de su muerte. La agonía ni siquiera le había concedido la clemencia de la brevedad. Entretanto el viento había estado soplando hacia los grises, pero era de esperar que eso solo evitaría pasajeramente que lanzaran sus garrafas de gas mosta-

za. Nosotros y ellos nos conformamos por un tiempo con fugaces incursiones que retrocedían ante los primeros disparos enemigos.

## BEPPO ADOLESCENTE

—¡Beeeppo! ¡¡¡Beeeppo...!!!— El vozarrón del gordo Laffara destroza la madrugada. Los gallos enmudecen, los perros rompen a ladrar y los vecinos refunfunían entre las cobijas, sin esperanzas de amodorrarse un rato más.

—¡¡¡ Beeeppo...!!! Malandra, donde estás metido?

Beppo tiene catorce años, y desde los doce nadie lo ha visto dormir.

—Es por las puñetas —anuncia la tía Annunziata. Las comadres asienten. Annunziata merece crédito: ella regentea la Escuela Espiritista de Campolietto.

Beppo vagabundea a la buena de Dios por el pueblo y las afueras, entre montecitos y quintas. Siempre hay un perro tras él. No uno en especial. Los perros que siguen a Beppo aparecen de la nada, andan con él por unos días, y se esfuman reemplazados por otro. Las vecinas ven venir a Beppo y hacen entrar a sus propios perros a la casa.

—Se los come, a los perros— dice la Turca Gina que desde sus ventanas —más altas que la aguja de la Iglesia— suele ver por las noches la luz de las fogatas que el gandul enciende en el sotobosque.

—Se come los perros asados, por eso nunca les pone nombre, para que no le remuerda después. Y no duerme porque la carne de perro indigesta y remuerde la conciencia.

—Puede ser, también— concede tía Annunziata— la carne de perro y las puñetas”.

—Puede ser...

—¡¡¡ Beeeppo...!!!—Laffara es el panadero de Campolietto, y tiene casa de piso alto sobre la cuadra de la panadería. Asoma su corpa-chón por sobre la baranda del balcón, y ulula el nombre de Beppo a voz en cuello, roja de rabia la cara redonda, regando de saliva la calleja de piedra que sube desde la iglesia al monte. Trepida la baranda bajo las manazas del panadero que quisieran caer sobre la humanidad de Beppo. Oprime el pretil hasta que se le blanquean los nudillos, gor-

dos como adoquines por culpa de la gota.

—¡¡¡Beeepo...!!!— A espaldas del panadero, en la alcoba entibiada por el horno de pan que arde en la planta baja, la señora Orietta de Laffara revuelve sus 150 kilos sobre el lecho matrimonial, tapándose la cabeza con las gruesas cobijas para no oír. Años ha que el sacramento del matrimonio ha dejado de darle otros placeres que el atiborrarse a hurtadillas con los pastiches de harina, azúcar, cremas y dulces que amasa el señor Laffara.

La gordísima esposa del gordo panadero gime desconsolada porque los gritos atraviesan las frazadas, su pelo y su cráneo alborotados, torturando su conturbado cerebro.

—Sufre de los nervios— ha diagnosticado Tía Annunziata.

Bajo el apelmazado colchón de lana, mortificado por el peso y las ventosidades de los Laffara, promiscuan el orinal nocturno del patrón y una cestilla de mimbre con las confituras que alivian a escondidas los insomnios de la patrona.

Los gritos se reanudan en el balcón; a la par de un gemido, el gordo brazo de la señora Orietta emerge de entre las cobijas, tantea bajo la cama, y vuelve a perderse en la intimidad del lecho llevando, a manera de presa capturada, una rosquilla grasienta.

—Sufre de los nervios.

—Sí, pero también come como una cerda preñada.

—Ciertamente.

¡¡¡Beeepo...!!! ¡¡¡Animal!!!

La Turca Gina vuelve a abrir los ojos que mantenía cerrados con la ilusión de recuperar el sueño mientras amanece tras los postigones. Mira el cielorraso. “Habrá que levantarse nomás...”

Hace dos años que nadie en Campolietto ha visto dormir a Beppo. Desgarbado, alto y de huesos grandes, Beppo deambula a trancos largos, desmañados, sin saludar a nadie. Los viejos pantalones— sin duda heredados de alguien más bajo— no alcanzan a cubrir sus tobillos sin calcetines, huesudos como de caballo. Revoleando sus zapatones viejos y terrosos, Beppo es un espantapájaros al que Dios

le ha dado vida, pero se la ha cobrado privándolo de gracia.

Beppo no habla con nadie, y nadie, salvo el panadero Laffara, quiere hablar con él. Beppo es hijo del chatarrero del pueblo, que con los años ha acopiado, en el recodo sombrío del cañadón grande, toda la historia de Campolietto representada por los objetos que sus vecinos desecharon. Entre flores del yuyo del sapo, malezas y colgajos de sauces, el chatarrero Nardelli repasa, día tras día, su descabellado inventario de llantas chuecas, maderas podridas, aldabones de panteón y fierros oxidados. El chatarrero Nardelli es el ogro viudo del cañadón.

Beppo deambula siempre con un perro distinto y el gesto ensimismado. Nadie sabe qué tercas obstinaciones habitan su estrecha frente huesuda. En su cara enfurruñada y varonil de adolescente el entrecejo no tiene cabida. Ambas cejas son una sola, tupida y oscura, como una pesada cadena que veda el acceso a los pensamientos lapidados en su cráneo.

—No se sabe si piensa demasiado o no piensa en nada. Quién sabe?

—Demasiadas puñetas...

—Y, la edad...

—Sí...

Beppo hace de peón de cuadra en la panadería de Laffara. Ya que no duerme, y que la inclinación del señor Laffara a comer cantimpalo e ir poniéndose viejo lo han castigado con los suplicios de la gota, el Hacedor a dispuesto que Beppo sea empleado del señor Daffara para los menesteres tempraneros. A las tres de la mañana, el insomne gandul entra al pueblo—seguido por un perro—arrastrando un carro repleto de leña. El matrimonio Laffara, por esas horas, ronca estruendosamente el sueño de los gordos. Beppo descarga la leña y enciende el horno. Desde el portón semiabierto, el perro lo mira trajinar. Beppo se ensimisma un rato con el crepitar del fuego, sale a la calleja oscura y torna a por más leña en las alturas de Campolietto.

Hasta anteayer Beppo anduvo de acá para allá seguido de un

perrazo negro, nuevo en la vecindad. Pasó, cosa rara, varias veces frente a la panadería, aún no siendo de noche. Laffara lo miraba intrigado:

“Beppo, esta noche tráete de espinillo” —le dice por ver si le sonsaca algo.

— Si.— es la respuesta del muchachón. Laffara se rasca la coronilla. Algo raro flota en el aire. Beppo se aleja con el perrazo; no lo llama, ni le pone nombre ni lo juega. Solo deja que el perro lo siga.

Laffara, sin ser huérfano de madre ni haberse criado en una chatarrería, también fue pobre y sufrió hambre. Una sospecha lo atenaza. Por si acaso, ese día le advierte a Beppo, desde lejos:

-¡¡¡Beeppo...!!! Ni se te ocurra cocinar un perro en mi horno, cabrón ¡¡¡ Ni se te ocurra!!!-

Beppo y el perro desaparecen por la lomada rumbo al cañadón grande. Laffara se rasca un sobaco, preocupado por las inclinaciones gastronómicas del gandul: la carne de perro, asada, despide una rancidez amarga, como de zorrillo muerto en el camino, que apesta a todo el vecindario; pero, peor que eso, impregna de acre hedor todos los ladrillos del horno y de la chimenea.

¡¡¡Beeppo. Animaal!!!

Ya ha amanecido completamente sobre Campolietto. Tía Annunziata enciende un cirio a la Virgen Desatanudos en la penumbra del comedor cancelado por los postigos. “Para que la Turca Gina no dispute mis saberes”.

El chatarrero sale al frío de la mañana. Los sauces lloran inmóviles sobre el cañadón. El chatarrerío brilla perlado de humedad. Devoto, Nardelli endereza una figura del negro San Eusebio impiadosamente tumbada entre virutas de hierro y manchones de aceite quemado.

La señora Orietta no puede sufrir la luz que invade la alcoba. Sus nervios y su vejiga claman por un alivio. Tantea bajo la cama, pero la cestilla está vacía merced al largo insomnio de la noche pasada. La señora Orienta, no dispuesta aún a abandonar el lecho ensaya un



alivio pasajero para las urgencias de su vientre, exhalando al nuevo día una ventosidad que bendice sus entrañas atormentadas.

La Turca Gina sopesa sus tetas frente al espejo del ropero. Desde que ha enviudado un año atrás, ningún hombre, caballero o no, ha visitado su casa ni su entrepierna. El pueblo es chico, y del chismo-  
rreo rapiñarían todos los vecinos. Sus calenturas hormonales le traen la imagen de Beppo, el hijo del chatarrero, noctambulando por los bosquesitos desiertos que todo lo podrían ocultar. Piensa –“ Qué lástima, tan joven y desperdiciando puñetas”.

Gina abre los postigones. Laffara a dejado de gritar. Con la mañana, debería entrar el aire fresco que todo lo renueva. Sin embargo hoy un aroma rancio e incierto reemplaza la fragancia del pan y las confituras recién horneadas. Gina vuelve a olfatear. Huele como zorrillo aplastado en el camino. O como perro cocido al horno.

Beppo, el hijo del chatarrero, deambula sin Norte. Con el nuevo día su frente, estrechada por su entrecejo y sus tercas cavilaciones, aparece ahora más abierta, iluminada por un nuevo descubrimiento, por la revelación de una experiencia nueva. Lo sigue un cuzco pequeño, amarillento y magro de carnes. Beppo lo aventa de un cascotazo: “demasiado flaco”.

## DESPEDIDA

“¿Como un murciélago? No, vuelan errátiles, desordenados. Estas giran obedientes, aplanadas contra el cielorraso”.

La ceniza amenaza sobre el cubrecama. Gira hacia la mesa de luz y la sacude dentro del cenicero, descubriendo antes que la malla del reloj no era el cenicero.

De nuevo las cuatro sombras repitiéndose en el cielorraso tras las aspas del ventilador:

“No como metáforas de murciélagos, un lugar común. Como si ella, sin dejar de darme la espalda y el lunar en su omóplato izquierdo, le preguntara, lugar común ¿ En qué pensás?”.

Pide: “Que no lo diga, que no pregunte, por favor”.

De todos modos ella ya sabe y no hará la pregunta, frágil como el humo del cigarrillo arrasado por el ventilador (ella también fuma, dada vuelta hacia el otro lado). Si ella preguntara, él tendría que incurrir en algún gesto, algo así como tomarle la mano, evitar la respuesta.

Ahora voltea de nuevo hacia la mesa de luz, ubica el cenicero cuidadosamente, apaga el cigarrillo y mira el reloj: veinte minutos para que termine el turno.

“Si no fumo, ella podría pensar que duermo o que finjo dormir, y en cualquiera de los dos casos no intentaría hablarme; dejar que pasen los veinte minutos sin hablar”.

Con los ojos cerrados espera que ella no gire hacia él, y ve las metáforas girando disciplinadas tras las aspas del ventilador.

“En algún punto medio de la franja que nos separa hay una mancha de esperma sobre la sabana. Humedad fría, todavía pringosa”.

“Antes no bebíamos. Solo sexo y después hablar. De todo, hasta de nosotros dos”

La tercera botella -lo sabe- se enfría en el balde junto a su lado de la cama. “Es el alcohol; antes no tomábamos. Por eso casi confundo la pulsera del reloj con el cenicero”.

Ella duerme, o lo finge. “Ese lunar carnoso en su espalda creció, antes era más chico, menos...”.

Faltan diez minutos. Podría ser una paradoja, no una metáfora: las aspas del ventilador persiguiendo amenazantes a las sombras.

“Ya está, cinco minutos”.

El falso impudor de lavarse al mismo tiempo, ella en el bidet, él en el lavabo.

El nochero, de cara invisible tras el portillo de cobrar, suma: turno cien, consumición ciento cincuenta.

— Cóbrese doscientos setenta.

— Gracias señor. Buenas noches.

“Cansino, arrastrando las pantuflas hasta su apostadero con revistas y televisión muda”.

Antes de cerrar la puerta que da a la cochera, gira la perilla deteniendo el ventilador y esa absurda y alternada persecución entre las cosas y sus sombras.

Los dos fumarán dentro del auto, abriendo las ventanillas. Mirar cada uno para su lado los exime de hablarse.

“Antes era sexo y después hablar. De todo, hasta de nosotros dos”.

Aceptan en silencio la amarga, casi cruel travesía de cincuenta cuabras.

“¿El cilicio del adulterio? ¡Estupidez! Solo el amargor de lo que ya no podemos postergar...”.

Solo dilatar la indiferencia forzada hasta el último lugar común de la noche: “Chau, nos hablamos”, hasta el breve roce de labios antes de que ella baje y cierre la puerta.

Y el ruido del motor al acelerar, acrecentando el alivio de los dos y la certeza de que no seguirán girando en vano, persiguiéndose sin sentido uno al otro en un círculo sin centro. “Como el humo del cigarrillo, una tenue voluta de recuerdo difuminándose en el aire al igual que una metáfora barata o un lugar común”.

## BAJO DOS CIELOS

Tras más de 10 años de idas y venidas, por fin construyeron el embalse de Repecho. Justo donde estaba el pueblito de Repecho. A las 380 almas del pueblo les mudaron las casas al lugar más lindo y más cercano al anterior. Claro que es bien sabido que no hay lugar más lindo para un pueblo que aquel en que siempre estuvo.

Don Ramiro Lázaro Riobé, por apodo “el Gallego García”, sentenció resignado: el progreso es tal como el agua: difícil de detener. Sentado sobre un tocón de algarrobo blanco en su viejo terreno, miraba taciturno como se iba llenando el embalse día tras día. Se había quedado el último en mudarse a su nueva casa. Hubieron de convencerlo entre varios vecinos y un ingeniero de la obra para arrancarlo de su empaque: quería que le mudaran también el mocho raigón de algarrobo. Cuando por fin se levantó y echó a caminar, su perro Sancho, seguidor como un arrepentimiento, levantó la pata y le meó el tocón, desquitándose de las tantas veces que el viejo lo había espantado a pedrazos para que no le apestara el escabel.

Los ingenieros mudaron el pueblito, pero sin iglesia ni cementerio. Largas y acres habían sido las quejas y disputas sobre este tema, pero por fin los difuntos se resignaron a su nueva morada lacustre, mientras que el cura estrenó templo y sacristía.

El Repecho cambió solo de paisaje; con el tiempo la novedad corrió la suerte de toda novedad, y a la mansedumbre de los días se sucedía como siempre el recogimiento nocturno; el pasar de los turistas hacia el nuevo embalse era lo único distinto, y la vida siguió siendo vida por aquel lugar.

El Gallego García, que era nacido en Orense y se llamaba Ramiro Lázaro Riobé - y García por parte de madre – supo en tiempos vivir en algún pueblito costero de Entre Ríos, y siendo por ello amañado en el oficio de pescador, se trajo una canoa de madera, la pintó y le puso por nombre “Irina”, que era el de su difunta esposa. En

domingos, fiestas de guardar y cuando no se podía sacudir las morriñas, se subía a la canoa, seguido de Sancho, y se largaba a bogar la modesta extensión del embalse.

Es que había descubierto que sobre el camposanto ahora anegado, la poca profundidad de las aguas dejaba ver todavía las cruces y las lápidas de los difuntos, visitadas ahora por las sombrías viejas del agua y el brillo escurridizo de las mojarras. Buscó y encontró la tumba de su esposa, en la que todavía alcanzaba a leer *“Doña Irina C. Torrejón de Riobé – 05.06.1902 / 07.09.1977- Q.E.P.D.”*, y le llevó, el Día de los Difuntos, un ramillete de flores de retama atados con una cinta roja a una piedra, para que alegraran de amarillo el sepulcro.

Las algas, el verdín y el limo impalpable iban oscureciendo las tumbas día tras día, y los difuntos de Repecho sufrían así su segunda inhumación, que no sería la final: a la tierra y a la lápida, a la silenciosa mortaja del agua y la sutil pátina de barro, sucedería finalmente el olvido que urde la telaraña de los años.

Pero a Don Ramiro Lázaro Riobé se le puso, a falta de mayores quehaceres que su edad le desaconsejaba, no consentir que el olvido desluciera ni la tumba ni la memoria de su difunta mujer, no al menos en esta vida, mientras muerte y desmemoria no lo alcanzaran también a él.

En su Orense natal, demasiadas buenas gentes –y malas también– habían sido muertas y abandonadas sin tumba, oración ni memoria al torvo acecho de cuervos y caranchos, bajo el cielo sombrío de la guerra civil, y él no consentiría que a su compañera de toda la vida la enlodara el limo del olvido.

Así que Don Ramiro Lázaro Riobé, el Gallego García, cada vez que el buen tiempo y su vieja osamenta se lo permitían, subía los remos y su perro Sancho a la canoa, bogaba de cara a proa a golpecitos cortos, tal como le enseñaron los esteros entrerrianos, y se llegaba hasta la tumba de Doña Irina. Con un lampazo sujeto a una caña, espantaba las sombras huidizas de las viejas del agua y alborotaba al mojarrerío, y después, suavemente por no despertarla a la

Irina —que los muertos han de descansar en paz— quitaba el musgo y el barro de sobre la piedra y la cruz, hasta que podía leer clarito “*Doña Irina C. Torrejón de Riobé – 5.06.1902 / 07.09.1977-Q.E.P.D.*”

Y en tanto recorrer las aguas y reconocer bajo ellas cada lugar del viejo pueblo, a medias visto, a medias sumergido en ese paisaje extrañado por el progreso, fue que un día Don Ramiro se topó con el muerto. Que no era un muerto desenterrado, ni había escapado a su tumba en el camposanto.

“Un ahogado” pensó Don Ramiro, mientras el susto todavía le picaba en los sobacos y le aceleraba los latidos de forma tal que se agarró a la borda de la canoa como si navegara al filo de un despeñadero. El muerto, varado en el fondo, se había ido a acomodar entre dos cruces ajenas. Con la boca lívida y el rostro hacia arriba miraba a Don Ramiro con los ojos cerrados. No era un ahogado: el oscuro agujero de un tiro que le ahuecaba el pecho se desleía poco a poco en el agua, y ya la sangre había dejado aquel cuerpo, y mucho antes la vida. Sus últimas ropas eran ahora su sudario, y a Don Ramiro le dolió en la garganta la impiedad del alambre que aherrojaba tobillos y muñecas a un poste de cemento, y le angostó el pecho esa cruz sin cruceta ni calvario al que ascender, y lloró la edad de ese hombre joven interrumpida mucho antes que las vísperas.

Sin saber qué hacer, ni con el muerto ni con su dolor, Don Ramiro Lázaro Riobé, el Gallego García, se quedó sentado en la banca de madera de su canoa hamacada apenas por las ondas y la brisa crepuscular, acariciándole la cabeza a su perro, oscureciéndose de a poco bajo los dos fúnebres cielos de Córdoba y de Orense.

## EL REY BLASFEMO

Soy, como todos en su nuda esencia, único. Mas, a diferencia de todos, no tengo prójimo ni par. Perduraré eterna e inexorablemente con eso. Soy un rey al que no le es dado disfrazarse tras rebozos ni sombras. Soy el rey.

Mi reinado es tan antiguo que la vastedad de su dominio, real o ficticia, es indiscutida. Discurro en soledad seguido del eco que a mis pasos devuelve el sombrío silencio de las altas bóvedas, arcadas y megalitos, fastos arquitectónicos que no requerí ni rechacé, y bajo los cuales habito.

A veces salgo al mundo exterior. No me es vedado frecuentar las muchedumbres ni asistir al espectáculo de la naturaleza abierta. Mas la vida retirada se aviene mejor a mi condición. Soy el rey.

Mi soledad es la de un rey, y más aciaga que la de todos aquellos reyes que gozan de estirpe, linaje y cortesanía. Ni siquiera me consuela una religión.

Soy un rey inefable de mil nombres y de ninguno, que blasfemaría de sí mismo si a sí mismo se nombrara.

Conozco todas los seres y las cosas, y aún sus propósitos y sus destinos, porque yo mismo les doy vida y muerte. Mas no he sido quien inventó como llamarlas. A otros ocupa esa trabajosa adjudicación de nombres que con el tiempo valen más que las cosas y que la hipocresía usa para falsear sus propósitos.

No me desvelan la fe, la creencia, el vasallaje ni la diatriba a mí dedicadas. Soy el rey.

No urdo castigos ni rencor hacia quienes abjuran de mi reinado: aún ellos necesitan de mi existencia para poder negarla, como si el descreerme les concediera parte de su propia valía. Paradójicamente, el negarme no les evita que mi imagen merodee en sus sueños y conciencias. Soy el rey.

Junto a lo magnánimo me habita la maldad, para temor y desdicha de mis adulones, para regodeo de mis detractores. Ni unos ni

otros ven la viga en el propio ojo. Prefieren ignorar que somos, yo y ellos mutuamente, imagen y semejanza. También en ellos medra la perversidad, que muchos han blandido con cruento desprecio sobre los débiles.

Soy -como ha de serlo- un rey solo de toda soledad, y en mis fiestas de guardar bajo de las altas torres por sumarme al alborozo de mi pueblo. Mas nadie repara en mí, fijas sus miradas como lo están en lo alto de mis almenas, como si me buscaran en el cielo. Pocos hay con suficiente humildad para reconocer mi rostro aquí abajo, entre los rostros de ellos, que son mi ubicuidad.

Estoy en el arquero, en la flecha y en el invisible blanco. Estoy en el silencio y en la lámpara del gabinete en que alguien transcribe esto que dicto sin hablar, porque también estoy en su fabulación. Soy la ilusión de este escriba atribuyéndose originalidad y autoría. Soy el papel en blanco y la propia tinta labrándole un sentido. Soy el rey de reyes.

El escriba escribe por mí, para evitar que yo sea un rey que blasfema de sí cuando se nombra.

Yo soy el que soy.



## LA SOLEMNIDAD DE LOS ESPECTROS

Escribir es un quehacer solitario. Es imperioso aislarse como un eremita, echar a los vivos y espantar a los fantasmas cuyo turno en el papel aún espera. Diría yo que hay veces en que poco importa si algún día alguien leerá esto.

Escribir es tan egocéntricamente solitario que el no ser leído -se me antoja- es la consecuencia lógica; de ahí que el escribir resulte tan difícil: ¿qué sería del escritor sin lector?

Aislarse de los vivos que merodean es tarea sencilla apelando a una buena excusa, un horario nocturnal, el arte de la persuasión. O bien se alega una incierta solemnidad, que generalmente nadie discute. Solemnidad que, bochornosamente, oculta en la privacidad que persigue no el tesón vital que dará orden a la creatividad en frases, renglones, intenciones. No. Es la privacidad que disfraza y oculta los intentos estériles, las carillas deshechadas, la hueca inanidad que se eterniza entre las manos inmóviles y la hoja en blanco, tan en blanco como la mente o el alma.

Por el baldío estéril cruzan los fantasmas, los espectros de mí mismo que, antes o después, se adueñarán del papel, postergarán mi historia y me pedirán u otorgarán concesiones.

A ellos no puedo ahuyentarlos fuera del círculo de luz del velador. Alborotan su aquelarre en el yermo de mi mente, burlándose de mi egocentrismo, de mi veleidad, de mi patético individualismo. Ellos no están entre los vivos y la muerte les ha enseñado la futilidad de lo solemne, y se reirán de mí hasta tanto yo no los reclame.

Como si no me debieran respeto a mí, a quién deben su razón de ser.

## ERNESTO H.

Un hombre, llamémosle Ernesto H., un Ernesto común y corriente —y acá será menester no escarbar en esa antojadiza clasificación que puede hacernos comúnmente corrientes— contrae una rara dolencia que pervierte su entendimiento: de repente, no puede decir sino la verdad, nada más que y solamente la verdad.

Se me relativizará el significado de la palabra verdad, por lo que agrego: su subjetiva verdad; y arriesgo: no existe otra.

Podría dilatarme en la relación del infortunio a que la enfermedad lo enfrentó. Pero no subestimaré la inteligencia del lector, a cuya imaginación le cedo tal empresa.

Bastará decir que poco tiempo le tomó al tiempo convertir a Ernesto H. en un paria y agregar, a modo de tardío consuelo para él, que posiblemente las vidas de todos nosotros sean el camino que recorreremos intentando adecuarnos a nuestras conciencias, y que ese camino suele ser arduo.

En un principio su estricta enunciación de la verdad irritó solo a los demás, alivio pasajero que lo eximió de traspasar el límite del escepticismo, ese lóbrego primer actor que, sin embargo, da secreta cabida a la esperanza como actriz de reparto.

Después, sospecho, debió enfrentarse a su propia, subjetiva verdad a la que, más que probablemente y como solemos hacer todos, tomó como La Verdad.

Si se me requiere rigor o al menos verosimilitud, apenas diré que no sé si murió por morirse nomás, o se mató.

## DE VIVOS Y PEREJILES

Pese a ser sábado Fredi se levantó junto con Rossana para acompañarla hasta la parada del ómnibus.

Después caminó por la avenida desierta hacia los billares. Eran recién las ocho, y se veían pasar pocos autos y algunos trasnochados en busca de problemas o bien de solución para la resaca usual de los viernes a la noche. Se detuvo en la vereda de enfrente del pool ante una cupé Renault impecable, metálica y brillante como un rayo. Seguramente su dueño, el tucumano Olivera, estaba en los billares. Atrás de Fredi el gringo Giotto subió la cortina de su negocio y curioseó el auto meneando la cabeza:

—Mirá vos el tucumano éste; auto nuevo y a mí me debe cuarenta míseros pesos desde hace dos meses. Y para cobrarle ni con el efebeí...

Fredi cruzó la avenida. La gorda cocinera del pool baldeaba la vereda a escobazos desparramando agua con perfumina. Del local salía el hedor frío de las hamburguesas y de la noche anterior poblada de hombres en tren de levante, mequetrefes y chicas de vida liviana.

Se metió al local solitario y umbroso. Detrás del mostrador trajinaba Joaquín. Hacía tanto que Joaquín trabajaba ahí que ya era parte del mobiliario. Fredi lo saludó, pidió un café doble y se sentó a una mesa protegida del fresco temprano. Al fondo, en el único billar iluminado, el tucumano Olivera jugaba con un desconocido, un tipo joven y corpulento de pelos húmedos y erizados que vestía camisa púrpura, pantalones y chaleco de traje. El saco colgaba en el respaldo de una silla.

Joaquín trajo el café y el periódico y volvió a lo suyo. Sobre un taburete contra la barra un veterano calvo se encorbaba frente a un vaso y una botella de vodka. Su nariz ganchuda evocaba al capitán Garfio. El capitán, repleto de alcohol, mantenía su postura con los dos codos hincados en el mostrador mirando fijamente el vaso.

Fredi calculó que si Garfio levantaba un codo para asir el vaso daría una vuelta campana hasta chocar contra el suelo.

La cocinera, descalza y sudorosa, volvió con balde, escoba y cara de pocas amigas; por detrás entraban dos mujeres más jóvenes y lindas que ella. Todavía conservaban la brillantina de noche de viernes en las mejillas.

Las chicas se pusieron también al resguardo del frío, desprotegidas con sus breteles mínimos, minifaldas, lycra con strass y tacos altísimos. Se sentaron en la mesa contigua a la de Fredi y pidieron café. «Lindas mujeres» reconoció Fredi.

La que estaba frente a él era alta, exuberante, con algo de nena grande y bonita. Se la notaba triste, como de un mal final de viernes por la noche. La melancolía la opacaba a pesar del rouge y de la cabellera pelirroja. Las lentejuelas resplandecían sobre la tersura de su piel clara que se hendía suavemente bajo el escote de lamé. Había belleza en sus profundas pestañas y en sus grandes ojos oscuros velados por las lágrimas.

La otra, apenas mayor, la consolaba acariciándole la mejilla y limpiándole el rimmel corrido con el pulgar. Era una morena de melena negra, corta y ondeada, más atractiva que bonita. Sus piernas tenían el encanto de la seducción apenas sugerida. La morena parecía estar más habituada a los desconsuelos románticos de los viernes a la noche, que llevan luto todo el fin de semana y se esfuman el lunes siguiente.

El tipo corpulento y Olivera se mudaron al billar enfrente de las chicas y de Fredi. Las partidas de Olivera eran siempre por dinero, y si la apuesta subía, la mesa debía ser la mejor. Cuando Olivera vio que la pelirroja lagrimeaba tuvo un arranque caballeresco. Se dirigió a la morena:

—Disculpe, señorita. No me di cuenta de... Si su amiga necesita estar sola, podemos jugar en otro lado sin molestar.

—No, gracias, no hay problema — contesta la morena—De paso aprendemos algo de billar ¿no te parece, Bibí?

La amabilidad de Olivera distrae a Bibí de su tristeza por primera vez desde que entró. Le sonríe con sus inmensos ojos de nena casi mujer, y dice:

—Es usted muy amable. Gracias.

—Por favor, no hay nada que agradecer, señorita.

«El tucumano, además del auto, se ha comprado modales nuevos», piensa Fredi. Es que Olivera era hasta hace poco un sujeto calculador y ladino que andaba a la pesca de perejiles a quienes sacarle la plata jugando pool. «Y ahora es todo un gentleman».

El tipo corpulento y de pelos erizados y húmedos permanece ajeno e impaciente por empezar la partida. Hay cuatrocientos pesos apostados bajo un cenicero. Olivera redobla la apuesta con Bibí: se quita el saco de corte itálico y gentil y se lo ofrece a la pelirroja, que tira de frío. Bibí, agradece sonriendo. Fredi piensa «será anticuado, pero efectivo» y pide otro café.

Olivera pierde la partida cuatro a cero abajo. Felicita a su rival:

—¡Habías resultado un tapado, Marcelito! Bien jugado, pibe...

—Puede haber revancha— responde Marcelo envalentonado. Olivera deja de desarmar su taco y duda. Por fin acepta con una condición:

Puede, pero que sea por algo que me dé chance de recuperar lo que perdí.

Fredi huele a triquiñuela. Por lo que ha visto, Marcelo juega muy bien al pool, pero le falta bastante para superar los taimados recursos del tucumano. Se quedaría mirando pero le entran ganas de orinar y arranca para los sanitarios. La cocinera, todavía descalza y con el lampazo en mano, le ordena que vaya al femenino porque el de varones está húmedo. Fredi se encierra y se sienta en el inodoro para reflexionar mientras mea.

En el sanitario de al lado entran dos tipos. Por las voces, son el corpulento Marcelito y el Capitán Garfio, que suena indemne a la ingesta de vodka. Pibe—le dice a Marcelo—no te dejés embaucar por Olivera. Apostá el doble de lo que él pida. Vos le ganás, seguro.

Y para que veas que no hablo por hablar, tomá estos doscientos y jugálos por mí.

Fredi huele aún más a triquiñuela; el Capitán es cómplice de Olivera y está encarnando el anzuelo para que Marcelo, el perejil de turno, muerda. Vuelve a su mesa tras asegurarse de que los otros han salido antes. En el salón Olivera conversa con las chicas. Marcelo lo interrumpe y le ofrece jugar por mil: mil cada uno al mejor de nueve. Olivera parece dudar pero al fin acepta.

Fredi se sienta y pide el tercer café de la mañana. En la barra falta el capitán Garfio; según Joaquín, desapareció sin pagar. Fredi vuelve a su mesa con el cafecito. A mitad de la partida, el score va parejo: tres Olivera tres Marcelo.

Las chicas se levantan: Bibí devuelve el saco con un «Fue un gusto Olivera. Gracias por todo», y vuelve a mirarlo a los ojos. Olivera corresponde inclinando la cabeza.

«Bueno» piensa Fredi, «si no fuera por los mil y porque Rossana volverá a las siete, yo tiraré el taco sobre la mesa y las llevaré a las dos en la cupé hasta el fin del mundo. O si se diera hasta un motel...»

Algo parecido debe haber pensado Olivera, pero antes prefirió ganar la partida cinco a tres y embolsar los mil. Palmeó a Marcelo en el hombro, pagó cuentas y propinas y se puso el saco.

Se dio tiempo para saludar a Fredi con aires de suficiencia. Salieron juntos a la avenida, ahora más poblada por el tráfico. Trataban de acostumbrar sus ojos a la claridad. Al que más le costó fue a Olivera, que no podía apartar su mirada del lugar, allá enfrente, en donde había dejado estacionada su cupé Renault, metálica y brillante como un rayo. Lo único que había en ese lugar era un hueco.

—Me robaron la cupé – musitó el Tucu, y luego gritó — ¡ME ROBARON LA CUPÉ!

Fredi y Olivera corrieron sorteando el tráfico como si más de cerca pudiera volver a verse la cupé. Pero el hueco seguía estando hueco, y lo único que ahora brillaba de la cupé era su ausencia, que el gringo Giotto espolvoreaba con la tierra y los papeles que barría de

la vereda.

—Ché, gringo! Yo dejé mi auto acá, la Renault metalizada. Tiene alarma, todo ¡y ahora no está! ¿Vos no viste nada raro, quién se la llevó, algo...?

Giotto se sacó una pajita de escoba de entre los dientes.

— Si. Se la llevaron las chicas. Tu novia y la otra...

— ¡QUÉ NOVIA NI UN CARAJO! ¿QUÉ CHICAS?

— Una colorada grandota, toda con brillitos y medio despechugada. La otra linda también, más petisita. La colorada me dijo que era tu novia y aproveché para reclamarle lo que me debés. Sacó el monedero, me pagó y se fueron... Parece buena chica, tu novia.

Olivera rebuscó en el bolsillo de su elegante saco de corte itálico y gentil. Las llaves del auto no estaban, pero si una servilletita de bar escrita que decía:

«Olivera, gracias por todo. Aun quedan caballeros».

El tucumano Olivera estrujó el papelito como si fuera el cogote de la colorada. Miró sin ver el tránsito que venía desde el fondo de la avenida. Dijo:

—Hijas de puta.

## BREVEMENTE, LOS TONTITOS

La calle Ayacucho es empedrado, vías del tranvía cinco y dos hileras de plátanos, de esos con corteza en psoriasis que sangran la vereda de a gotas, como de dedo cortado. Lucio tiene, ahí por Ayacucho, un plátano que es el eje de su vida. Es un tontito manso al que dejan salir a la calle ya que no se escapa ni molesta ni falta el respeto a nadie. De desayuno a mediodía, y de merienda y cena, Lucio se toma del plátano con un brazo y da vueltas y vueltas y tantas vueltas que si uno le presta atención se marea -uno- sin saber ciertamente si él también se marea, porque es poco sabido qué les pasa en la cabeza a los tontitos como Lucio. Además, cada tanto cambia de brazo y de giro, y uno supone que el giro para un lado contrarresta el mareo del giro para el otro.

Así es que Lucio tiene su propia calesita, y el que no lo lleven a la plaza no le hace diferencia —o así parece— porque es poco sabido qué les pasa por la cabeza a los tontitos, y Lucio está contento mientras da vuelta tras otra. El tronco del árbol está pulido a la altura de sus manos. Los tranvías lo saludan a veces con la campanilla.

Lucio ha logrado que el mundo, aún pequeño, gire alrededor de él y de su plátano. Al Norte esquina con buzón, al Oeste cancel de su casa, al Sur la biblioteca Rodó, al Oeste el empedrado-prohibido-bajarse-a-él de la calle Ayacucho.

—Murió Lucio, el tontito de Ayacucho entre Ituzaingo y la otra.

—Pobre! Qué pasó?

—Se le soltó la mano del árbol, se cayó a la calle, lo pisó un camión de la CocaCola...

—Pobre...

Ahí viene Víctor, paso absorto y apurado de llegar tarde al trabajo. Mudo, pelado y diminuto, un tontito adulto de ropas limpias como de pobre limpio con ropas pobres. Ve a tres pibes tonteando en un umbral, y se detiene: ha llegado a su trabajo.

Saca del bolsillo una gomita de empaquetar y llama a los pibes



con un gesto de mano de mudo, que algo tiene para mostrarles. Busca por las paredes o el piso o las barandas de los balcones bajos, hasta que encuentra una mosca posada. Se mueve con el sigilo de un cazador que exige sigilo a los testigos. Tensa la goma entre pulgares e índices, apunta. Dispara.

La goma cuelga ahora de sus índice y pulgar izquierdos. La mosca queda espachurrada. Ahora los pibes piensan en donde tendrá mamá una gomita de esas, y cómo hacer para que la gomita no pegue en el pulgar propio.

Víctor, mudo, les hace una señal de esperar: aún hay más. Se guarda la gomera para moscas, y junta ambas manos abiertas y palma contra palma. Las cierra y las abre una y otra vez, y la oquedad entre las palmas va sonando como peditos de vieja a repetición.

Los pibes ríen. Es el final del show. Víctor no es un cómico de la legua: su función es de cuadra en cuadra, en donde haya umbrales con pibes que aún tienen el asombro presto y la curiosidad a flote. Reanuda su pasito presuroso. Siempre habrá una última vez que lo veamos, sea porque él no vino más, o porque nosotros nos fuimos de los umbrales que quedan entre la niñez y la adolescencia.

—Hola, Huguito! Cómo andás?

—Contento feliz!!!

—Hace tiempo que no te veía. Que es de tu vida?

—¡Bien, contento feliz!

—Seguís viviendo en el geriátrico?

—¡Sí! Contento feliz!!!

Hugo es el menor de varios hermanos mayores. Regordete, sonriente crónico, a todas luces contento y feliz desde hace unos cuarenticinco años, aunque haya pasado los últimos treinticinco sin madre ni padre. Fue a parar a un geriátrico; gracias a un feliz birlibirloque de los Servicios Sociales, Huguito es un niño adulto que come y duerme en un asilo para viejos. Gracias a los Servicios Sociales a fin de cuentas, ya que a todos sus hermanos les aletea algún resabio esquizofrénico y golpeador, y uno no sabe adonde iría

Hugo a parar viviendo con ellos, y más en este mundo que el lector y yo no solo conocemos, sino del que somos también parte.

En mi barrio, más suburbio que centro, quedan muchas veredas de césped y zanja sin cordones, y el ajetreo se levanta temprano para irse con el ruido a otra parte. En el frescor mañanero debo caminar unas cuadras todos los días.

Una mañana encuentro a Huguito tocando timbre en las casas aun somnolientas; vende estampitas de santos, vírgenes de yeso blanco para colorear, tarjetitas de buenos augurios y marcadores para no olvidar en qué página. A muchas cuadras del geriátrico, Huguito no se pierde entre calles y barrios desconocidos. No sé si por convicción o por anhelo, intuyo que Huguito no estaría perdido ni aún perdido en ningún lugar del mundo. Lo saludo:

—Hola, Huguito! Cómo andás?

—¡¡¡Contento feliz!!!

No sé si por convicción o por anhelo, intuyo que usted, yo, los tontitos, cada uno en esta vida, estamos para ser lo que somos. Ni usted ni yo ni nadie puede asegurar qué siente o piensa otro, ni si está bien o mal, Aunque ese otro sea el tontito. Parto de la poco obvia premisa de que ni aun de nosotros mismos podemos asegurar a ciencia cierta qué y cómo pensamos y sentimos.

Incluso, si bien me atrevo a decir que ninguno de estos tontitos podría escribir sus recuerdos acerca de mí o de otros como yo, no estoy muy seguro de eso. Tampoco estoy muy seguro de si escribir esto que acá concluye tiene la menor importancia o sentido más allá de que, mientras lo hice, estuve siendo lo que soy.

## ANA

El glaciar estaba vivo. No era el poliéster ni los exquisitos trazos de pintura. Era el glaciar en sí mismo.

Un gélido farallón blanco estriado por el deshielo, brillando bajo el sol que le daba vida y a la vez lo derretía a tajos.

La escarpa ocupaba todo la imagen sin dejar espacios para horizonte ni cielo. Solo arriba y a la izquierda había una porción sin pintar, una posibilidad de que más allá del glaciar hubiera otro mundo.

Ana se detuvo estática ante la vista del glaciar.

—El glaciar de Axel— murmuró.

Ernesto espera a la señora Ana mirando el óleo que decora una de las paredes. Un cúmulo de nubes hinchidas al sol contra un horizonte de cielo apenas insinuado en los intersticios que el pintor ha dejado libre.

Una mujer madura, sobriamente atractiva entra a la oficina tendiéndole la mano:

—¿Ernesto Pizarro? Yo soy Ana, mucho gusto.

—Mucho gusto, Ana.

—Ernesto, el sobrino que Isabel no para de alabar. Tomá asiento, por favor.

Mientras habla, Ana enfoca toda su atención en Ernesto:

— Ya te habrá dicho tu tía Isabel que somos amigas desde los tiempos de la facultad. Ella -como siempre lo hace- me convenció de que sos el indicado para lo que yo busco.

Ernesto sonrío sin palabras.

—Ernesto, necesito remodelar una casa que significa mucho para mí. No pienso ocuparla ni venderla, y ni siquiera sé qué modificaciones quiero hacerle.

La conversación duró menos de media hora. Ernesto apreció como la elegancia de esa mujer madura se transfundía al sobrio ornamento de su oficina.

Acordaron encontrarse esa misma tarde en la casa, dándose la mano al despedirse. La señora Ana delineaba sutilmente el marco de sus relaciones, y su varonil saludo era parte de eso. Ernesto salió con la sensación de haber conocido a una mujer de cálida sensibilidad y tacto.

*Tras la blancura frontal los trazos en degradé azulino sugieren el núcleo opaco del hielo, sus cristales geométricos superpuestos paso a paso desde el gélido centro hacia la superficie. “Esa masa helada debería ser -razonó Ernesto- un producto inerte de la física pura, sin intervención de lo viviente. Nada puede nacer, crecer ni procrearse a esas temperaturas”.*

*Sobre el tenso poliéster el glaciar parece avanzar sobre Ernesto con la lentitud que otorgan los siglos a los cauces de hielo. El glaciar está vivo.*

Sobre la vereda de la casa había un contenedor para desechos. Ernesto curioseó: solo algunos embalajes de cartón y cinta de empacar. Ana apareció abriendo la puerta de calle. Vestía el mismo traje sastre que en su oficina pero ahora, fuera de ella, Ana aparecía menos formal.

Entraron pasando por un porche mínimo. «Casi naïf», pensó Ernesto. La brevedad del comedor resumía la elegancia de la Ana actual y un mesurado alarde juvenil que podía corresponder a ella o a alguien más, pero de muchos años antes.

Recorrieron brevemente las otras habitaciones, que habían sido vaciadas a medias. La cocina daba por la puerta trasera a un patio de escallas negras.

Ana señaló afuera hacia una especie de taller que marcaba el fondo de la casa:

—Eso es lo que quiero remodelar con tu ayuda —dijo, señalando la fachada del taller solo interrumpida por una puerta ventanal.

Descolgó unas llaves y abrió. Cruzaron el patio jaspeado de flores caídas. Ana abrió la puerta del taller y encendió las luces.

Ernesto intuyó que en el taller nada había sido modificado en los últimos años, salvo el aire que se movía fresco alrededor. Ana se quedó inmóvil en el vano de la puerta ante el espacio silencioso y

olvidado.

De las paredes sobresalían estantes repletos de pinceles, tarros de pintura y libros. En el centro del lugar reinaba una modesta reposera de playa junto a una mesa ratona. Sobre la mesa había un reflector portátil boca abajo y un cuaderno manchado con trazas de dedos en varios colores.

Un lienzo cubría por completo el fondo del taller a la manera de un telón arriado mucho tiempo antes.

El teléfono sonó dentro de la casa. Ana alcanzó a decir—Andá familiarizándote con el lugar, Ernesto; voy a atender.

Ernesto caminó hasta el lienzo, lo recorrió y retrocedió sorprendido para abarcar en su totalidad lo que había permanecido oculto. Chocó con la reposera. Se sentó y trató de comprender la imagen. Estaba por primera vez ante el paredón del glaciar. No podía pensar, sino solo mirar y extasiarse.

Pintado sobre un tenso poliéster de todo el ancho del taller y de dos metros y medio de altura, la cara del glaciar era la de un gigante pétreo que aceptaba la mirada de Ernesto como si fuera la de una ínfima hormiga.

*“Nos parecen rocas imperturbadas por millones de años, pero los glaciares viven en nuestra percepción. Se mueven en términos de millones de siglos, ajenos a nuestra brevedad.*

*Y nosotros, fugaces, evocando en ellos, en una sola mirada, lo efímero de nuestros aboras y nuestros antes”.*

Ana volvió con dos tazas de café. Miró hacia el desnudado poliéster y dijo:

—Ah, el glaciar... el glaciar de Axel.

Dejó las tazas sobre la mesita y acercó una silla.

Los ojos de Ernesto preguntaban ¿Hasta qué punto tendría que redecorar el lugar? Porque ese poliéster, ese glaciar, le parecían intocables.

Ana sopló el borde humeante del café en su taza, postergando la respuesta. El frontón del glaciar vibraba suavemente frente a ellos.

Ana habló de nuevo:

—Ernesto, es necesario que sepas qué encierran esta casa y esa imagen. Nos hará falta para decidir la remodelación.

Ana vaciló unos segundos hasta que un tono de confesión nunca hecha envolvió su voz.

—Axel, mi ex marido, y yo, nos conocimos hace veintidós años en el postgrado de ciencias. Por ese entonces él ya pintaba, y declaró que quería retratarme desnuda. No le respondí, solo me saqué todas las ropas en su departamento de estudiante.

Algo, una atracción que iba más allá del amor, nos hizo inseparables. Teníamos dos mentes brillantes que nos destacaban de los demás becarios. Y disfrutamos de las dos cosas: del amor y la piel inseparables, y de nuestras intuiciones acerca del otro.

Una semana después de la graduación, nos casamos. Nuestros currículum impecables nos habían conseguido el mejor de todos los empleos que nos habían ofrecido a mares. Coincidimos en tener un hijo. No recuerdo otra vez en que yo haya vivido semejante entrega sensual.

Pero de repente, Axel enfermó y debieron internarlo por tres meses. Los médicos no se atrevían a diagnosticar. Axel quedó completamente calvo. Su mirada y su brillantez mental se opacaron.

Mi angustia se mezclaba con el despecho de haber sido traicionada por la vida. Yo aún desconocía el dolor y la amenaza del desconsuelo; solo mucho después comprendí cuán rápidamente enseñan a vivir.

No soportaba más en soledad las visitas al hospital y la borrosa mirada de Axel. Rodolfo, amigo y ex jefe de cátedra nuestro, me pasaba a buscar, me llevaba hasta el hospital, compartía las charlas vacías y me devolvía al departamento.

A veces Rodolfo subía a tomar un café o un whisky, mientras formulábamos juntos qué parches podía oponer nuestra racionalidad a la angustia que yo sentía ante la enfermedad de Axel y que se encarnizaba con mi vitalidad de mujer joven. No imaginábamos

otro remedio que el que podían concebir nuestros intelectos.

Mágicamente, Axel revivió tres meses después y lo dieron de alta. Su pelo, sus ojos y su inteligencia regresaban.

Pasé confusamente por esas dos o tres semanas que bastaron para devolverme al Axel de siempre. Solía atraparlo entre la puerta del dormitorio y la cama para experimentar de nuevo esa plenitud sexual que solo ocurre cuando coincide con el sentimiento.

Rodolfo nos visitó un par de veces asistiendo en silencio a la alegría con que Axel y yo festejábamos ese retorno a nosotros mismos.

Poco después Rodolfo obtuvo un nombramiento en la Universidad de Boston. Su última mirada al despedirnos en el aeropuerto era de perplejidad ante su propia decisión de abandonar su vida de siempre por otra aun desconocida.

Intercambiamos al principio algunas cartas que fueron espaciándose cada vez más, y finalmente no supimos más de él. O él lo decidió así no contestando nuestros mensajes.

En algún momento del mes que siguió al alta de Axel supe que estaba encinta. Antes de que las molestias de la preñez avanzaran Axel compró una casa más confortable que nuestro departamento de estudiantes.

Ana se volvió hacia el glaciar y dijo—ésta es la casa.

Ernesto no pudo hacer otra cosa que callar mientras Ana contaba la historia, salvo sentir que a esa mujer elegante y formal le sobraban su traje sastre y su sobriedad a la hora de ser simplemente Ana.

—Nuestra hija se llama Abril. Creo que tuvo en nosotros los padres que merece cualquier hijo en esta vida. Cuando Abril nació, Axel desplegó este poliéster y empezó a pintar, lentamente y noche tras noche, el frontón del glaciar. El cuadro tiene su firma al pié y una fecha que es la del nacimiento de Abril.

*“Se resiste al cielo erizándole sus picos albos y aguzados. Aunque por debajo lo estríe y resquebraje el deshielo, el glaciar seguirá vivo por toda la infinitud de*

*tiempo que dure la lucha”.*

—Cuando Abril cumplió dieciocho años nos anunció que se iba a vivir a un departamento céntrico con su mejor amiga. Ella era una jovencita independiente y brillante, y Axel y yo la comprendimos. Abril tardó solo un día para empacar lo suyo y mudarse.

A la noche siguiente entré a éste taller. Axel estaba sentado en esa reposera en que estás vos ahora, recorriendo el glaciar con su reflector portátil. Apagó el reflector, lo apoyó boca abajo en la mesita y me dijo, sin preámbulos:

—Ana, ahora sí, ahora es cuando debe ser. No tiene ningún sentido que sigamos viviendo juntos—

—Ni siquiera respondí. Mi intuición se había adelantado una vez más y lo comprendí resignadamente.

Axel se fue y no volví a verlo, aunque vive en esta misma ciudad porque Abril lo visita de vez en vez.

Ernesto era consciente de su propia capacidad de comprensión. Pero en ese momento la reposera en que estaba sentado era tan humildemente baja, y la cara de Ana tan simple y humana como la de cualquiera, que intuyó que la inteligencia no lo era todo y que la esencia de muchas cosas de la vida le habían sido no reveladas hasta esa confesión. Ana miraba otra vez más el glaciar. Un súbito esclarecimiento le hizo romper la amabilidad de su silencio:

—Ernesto, sé que has entendido todo, aunque no el por qué de la huída de Axel, que ni siquiera te he contado. Es posible que la entiendas más adelante, si yo así lo quiero. Pero no todo es entender; hay sensaciones, leves modulaciones de la realidad imperceptibles a la razón y la inteligencia. Sin ellas, la realidad estaría incompleta.

Se dio vuelta hacia el glaciar, miró las luces en el techo y dijo—hay veces en que demasiada claridad obnubila.

Ana tendió la mano a Ernesto y lo llevó al lado del mural. Oprimió unas llaves de luz. Las luminarias del techo se apagaron y desde dos focos en ambos extremos del poliéster se expandió una claridad suave y difuminada. Las aristas heladas del glaciar cobraron



el brillo filoso del hielo y la refracción azulada de su núcleo pareció venir desde una zona más profunda, real e ignota que antes.

—Acercá tu oído al cuadro, sin tocarlo, y cerrá los ojos — indicó Ana.

Ernesto sintió que el poliéster vibraba levemente al lado de su mejilla, y escuchó un rumor quedo que emergía de la gélida impenetrabilidad del glaciar, resquebrajado de a intervalos por el crepitar del hielo que se agrietaba lejanamente.

La piel de su mejilla comenzó a enfriarse mientras el glaciar se acercaba a él casi imperceptiblemente.

Ernesto permaneció así un largo rato hasta que Ana lo devolvió a la realidad:

—Axel firmó el mural con la fecha en que lo empezó; falta la de terminación porque lo real es que nunca terminó el glaciar. Solo se fue.

Y ese rincón del cuadro, arriba a la izquierda, que no alcanzó a ser pintado, es el único lugar con posibilidad de ser cielo. En todo el resto no hay siquiera un espacio para el horizonte.

Suelo pensar que por ese rincón se fue Axel.

Ana encendió de nuevo las luces del techo y pidió a Ernesto que la disculpara un momento. Fue hasta la casa y regresó con un papel en la mano.

Al entrar miró el papel como a un objeto innecesario.

—No sé para qué traje esto. Al fin y al cabo lo que importa es que este papel dice la verdad. Y la verdad es lo único que cuenta.

Este papel es una certificación médica, fechada el día en que Axel fue dado de alta en el hospital, veinte años atrás. Lo encontré hace dos meses entre viejos recuerdos que yo pretendí olvidar para siempre.

De repente el rostro de Ana parodió cómicamente su propia imagen de mujer sobria y madura. Caminó en círculos estrechos como si fuera una prima donna que no quiere perder ni la atención del público ni el foco central de la escena; levantó histriónicamente

el papel en su mano derecha y declamó, impostando la voz:

— ¿Y qué dice este papel, querido Ernesto, querida Ana? ¿Algo que cambiará el rumbo de los astros y de la eternidad? ¿O, más humildemente, dice algo que cambiará mi alma y mi mortalidad? ¿Acaso este formulario blanco relleno con tinta birome redimirá a Axel de su abandono?

Ana bajó sus brazos y se envolvió con ellos encogida por un frío inclemente; su mano estrujó el papel bajo su brazo izquierdo mientras un sollozo la convulsionaba. Levantó su mirada hacia Ernesto como si él pudiera encarnar a todos los jueces del mundo.

—Este papel dice simplemente que «el señor Axel Gutnik, el día tal de tal mes de tal año, hasta hoy internado a raíz de una enfermedad psicosomática poco conocida, es dado de alta en satisfactorio estado de salud, salvo por la firme constatación médica de esterilidad.

Vale decir que mi ex marido salió del hospital estéril, procreativamente estéril, y que si ignoramos las habladurías acostumbradas, Abril Gutnik, mi hija, es además hija de Rodolfo Noguerras, ex jefe de cátedra de física cuántica del Instituto Mayor de Ciencias aplicadas. Todo lo cual es verdad...

Esa misma noche Ernesto pasó por la casa sin desviarse mucho de su camino. Paró su auto ante el porche ligeramente naif.

El bulto abollado del poliéster sobresalía del contenedor de desechos.

Ernesto lo extendió sobre la vereda y volvió a enrollar prolijamente el glaciador. Lo acomodó como pudo dentro del auto y condujo hasta su casa tratando de no distraerse mientras manejaba.

## SI AYER NO HUBIERA SIDO VÍSPERAS DE NADA

El cielo es nada más allá de la capa de aire que respiro sin ver, más allá de las nubes y los pájaros. Una ilusión celeste del vacío, de la nada...”.

Tumbado de espaldas sobre la grama, Rodolfo mira el cielo.

Hay alrededor y fuera de él un bullicio de domingo en el parque y de paseantes bajo el sol. La claridad vespertina sorteando la fronda de los eucaliptus y tintinea a lentejuelas el verdor del césped.

“ Si miro y pienso en la nada del cielo no pensaré ni sentiré nada, y éste dolor que baja en diagonal hasta mi mano izquierda dejará de ser”.

Cerca y fuera de él unas muchachas lanzan por turnos una pelota al aire, y por turno nombran a la próxima que deberá impulsarla hacia el cielo. Sus gráciles alegrías y sus risas burlonas alborotan el domingo sin víspera cuando alguna dejar caer la pelota sobre el césped.

“ Nadie puede prescindir de la nada del cielo. Lo damos por supuesto aun sin verlo ni mirarlo ni pensar en él. Siempre está”.

La pelota chasquea en las manos, los gritos regocijan en el parque soleado de Domingo:

¡Fló! ¡ Era tuya, boba!” Y la pelota se amansa sobre el césped, y todas ríen de Fló.

“ Fló y la pelota —repara Rodolfo— ¿ Dónde?” Y tendido así, deja de mirar la nada de arriba y arquea su cuello hasta ver detrás suyo como Fló parece correr cabeza abajo, y el cielo parece estar abajo y el césped arriba, y la pelota inmóvil contra el césped de arriba.

Rodolfo debe mirar nuevamente el cielo. El dolor lo tronza en diagonal desde su hombro derecho hasta su puño izquierdo. La capa de aire que respira es tan densa y necesaria que le oculta el otro cielo de más arriba.

“Es éste dolor de ahora que se mezcla con el de siempre, nada

más” anhela Rodolfo apretando su puño izquierdo para que éste dolor de ahora se detenga y desista ante los dedos hincados en la palma de su mano izquierda.

— ¡Fló, esa también era tuya!

Todas ríen cuando la pelota vuelve a rodar sobre el césped. Fló corre a recogerla y se queda mirando a Rodolfo con la pelota en sus manos.

— Señor ¿ se siente bien, le pasa algo?

“ Si ayer no hubiera sido vísperas de nada...”.

El pecho oprime tanto y el cielo amortaja tanto que le hace cerrar los ojos y ver de memoria, más atrás de las niñas y de las figuras que pasean, la masa ondeante de los eucaliptos colgando hacia abajo, extrañamente, de un inverso cielorraso de césped, hojas caídas y veredas de granza colorada.

“Nadie muere en las vísperas...”.

Contra el negro de los párpados apretados el cielo persiste en un fagonazo estático. Una tormenta de rayos como venas de sangre languideciente se va apagando latido tras latido.

Hasta que lo asfixian las alas afelpadas y asquerosamente táctiles de un murciélago violáceo y final, y Rodolfo afloja la crispación de sus dedos contra la palma de la mano izquierda.

— ¿Fló, qué pasa?

Las niñas se alejan hacia otro lugar del parque con veredas de granza parpadeadas por las sombras que los eucaliptos oponen al domingo soleado.

## CAMARADAS

Murió don Carmelo, al fondo de sus años y de su pasillo umbroso, techado de Santa Ritas. Pasé cuatro veces, dos de ida y dos de vuelta, mirando de reojo el portal.

Los pasillos al fondo me inquietan: también allí atrás hay unas vidas, pero uno las imagina rápidamente y de reojo, y puede husmear menos que en las casas con frente a la calle.

Soy apocado para los velatorios, y por eso fui y volví por la acera sin decidirme a entrar, sabiendo que algunos vecinos ya velaban al muerto. En la cuarta pasada él, Lucho, que había vivido los últimos nueve años con don Carmelo, miraba la calle desde el umbral. Y por supuesto que me vio.

Pensé en seguir de largo, y creo que Lucho hubiera comprendido mi cortedad. Después me dije que si algo había ahí que mereciera atención, eran Lucho y su duelo, y no mi torpe timidez.

La mirada de Lucho repasaba el mismo paisaje de siempre, pero ahora con la extrañeza de saber que por ese familiar horizonte de veredas barridas, ligustros cotidianos y taller de autos a mitad de cuadra, don Carmelo nunca más caminaría junto a él.

Leí en sus ojos una mansa lucha entre aceptar lo irremediable o ceder a la melancolía.

Me salió de golpe, como algo que no merecía ser pensado:

— Lucho, lamento mucho la muerte de don Carmelo. Es un momento triste para usted, pero no tanto para mí, que no vivía con él. Pero bueno, así son las cosas. . .

Esperó en silencio a que yo siguiera.

—Usted está solo ahora, y yo, desde hace un tiempo, también. Le ofrezco, sinceramente y sin compromisos, venirse a vivir conmigo.

Acaso le daba vergüenza hablar. Dio una breve mirada hacia el fondo del pasillo, dejó el umbral y calladamente se puso al paso conmigo, como un viejo camarada.

No nos pesó acomodarnos, silenciosamente, el uno con el otro.

Aprendí a respetar el mutismo de su duelo. Vivíamos de la changa diaria, de lo que va trayendo la suerte. Cada cual cumplía la rutina de siempre y volvía con lo suyo. Compartíamos las cosas tranquilos, entendiéndonos con la mirada y los gestos.

Hasta que un día cenamos unas sobras de postre borracho que a mí me achisparon y a él le soltaron la lengua. Inesperadamente preguntó, mientras se relamía el chocolate de los belfos:

—¿Es por su cumpleaños el postre?

Sorprendido de escuchar su voz no alcancé a contestarle, y él siguió —¿Y cuántos cumple?

Pensé que le preocupaba el que yo muriera antes que él, como le había pasado con don Carmelo.

Le dije:

—Tengo más que algunos años, Lucho. Pero no se haga problemas, no pienso morirme por ahora ni por mucho tiempo.

Se rascó el costillaje derecho buscando palabras.

—No, si no hablo de eso que los humanos llaman muerte —dijo— vea que para nosotros los perros eso no tiene mucho sentido. En realidad lo que molesta un poco es ese irse de golpe, como una pequeña traición. Tanto tiempo juntos, y de pronto... Uno ya sabe donde ir solo al parque, donde cagar y mear sin que lo corran los vecinos ni sentir mucho pudor. Pero uno se quiere con el patrón, y es mejor ir juntos a todos lados. Y de un momento para el otro, se cae en la cuenta de que, digamos don Carmelo, no está más aunque uno lo quiera cerca. Y nadie avisó. Y uno quisiera estar avisado, preparar la tristeza para que dure menos. Hasta podría decir adiós, sentirla un poco y después seguir.

Acepté que Lucho, equivocado o no, tenía derecho a pensar distinto a mí.

Quedamos tristes entre el postre el borracho y la charla, y esa noche dormirnos uno junto al otro aunque no hacía frío.

Por mucho tiempo nos unió una lealtad silenciosa, impensable en los seres humanos.

Alguna noche de fin de año, solos y callados los dos, caminamos unas cuadras y cruzamos la avenida hacia el parque.

Quizás los fuegos artificiales y la algarabía lo distrajeron. O quizás él se había puesto viejo y desavisado. El caso es que un automóvil lo atropelló y quedó tendido sobre el pavimento.

Esperé que terminara de pasar el tráfico, volví hasta su cuerpo inmóvil y lo olfateé con la cola y los pelos del lomo erizados, alerta a las próximas luces que venían desde el semáforo.

Lucho estaba muerto. Sentí que tampoco yo estaba preparado para la tristeza, no para tanta. Me alejé de ella y me metí en el parque para ir a levantar la pata contra un árbol.

Solo, como a Lucho no le gustaba.





## INDICE

|                                 |    |
|---------------------------------|----|
| Presentación.....               | 5  |
| Prólogo.....                    | 7  |
| Hoy.....                        | 11 |
| El verbo Ser.....               | 14 |
| Dos, Tres, Uno .....            | 15 |
| Un minuto seis segundos.....    | 19 |
| Gato de peluche en celofán..... | 21 |
| Lo que el cielo nos dicta.....  | 23 |
| Extraño en su casa.....         | 26 |
| Fin de temporada.....           | 30 |
| Parte del amor.....             | 33 |
| Aguachento.....                 | 34 |
| Cielo fucsia.....               | 40 |
| Terrazas.....                   | 42 |
| Duarte.....                     | 47 |
| Vacaciones.....                 | 50 |
| Las Deudas.....                 | 60 |

|   |     |
|---|-----|
| Desrecuerdos.....                             | 62  |
| Ferriol .....                                 | 68  |
| Gas mostaza.....                              | 71  |
| Beppo adolescente.....                        | 77  |
| Despedida.....                                | 82  |
| Bajo dos cielos.....                          | 84  |
| El rey blasfemo.....                          | 87  |
| La solemnidad de los espectros.....           | 89  |
| Ernesto H.....                                | 90  |
| De vivos y perejiles.....                     | 91  |
| Brevemente, los tontitos.....                 | 96  |
| Ana.....                                      | 99  |
| Si ayer no hubiera sido vísperas de nada..... | 107 |
| Camaradas.....                                | 109 |